EL JUGADOR.

Se hallará en las librerías de Oréa *frente á San Luis*, viuda de Quiroga *calle de Carretas, y* Gonzalez *calle de Atocha, frente á los Gremios: en las que se venden igualmente* las Costumbres de Antaño, *y el* Tal para Cual *del mismo Autor.*

EL JUGADOR.

COMEDIA

EN CINCO ACTOS EN VERSO:

IMITADA

de la que escribió *Regnard* con el mismo título en frances.

POR

DON MANUEL EDUARDO DE GOROSTIZA.

MADRID.
IMPRENTA DE REPULLÉS.
1820.

En fin, el que á todo precio
juega, pierde, y se envilece,
Don Jacinto, no merece
compasion, sino desprecio.

Don Manuel, acto V., escena última.

Á DON GASPAR DE AGUILERA
Y CONTRERAS.

En testimonio de invariable amistad, ofrece la comedia del Jugador

M. E. Gorostiza.

PERSONAS.

Don Manuel de Goyeneche, tio de Don Cárlos, y tutor de Doña Luisa.
Don Cárlos, amante de Doña Luisa.
Don Jacinto, amigo de Don Cárlos.
Perico, criado de Don Cárlos.
Tomasa, criada de Doña Luisa.
Don Simeon, usurero.
Lesmes, sastre.
Damian, zapatero.

La escena se figura en Madrid, en una de sus fondas.

El teatro representa una sala de paso que comunica á las diferentes habitaciones que ocupan Don Manuel, Don Cárlos y Doña Luisa.

La accion principia á las ocho de la mañana, y finaliza antes del toque de oraciones del mismo dia.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

PERICO solo.

Son las ocho, y mi señor
no viene. ¡Ah! ¡cuán desdichado
es el mísero criado
de un maldito jugador!
¡Qué compasion no merece!
Velar las noches enteras,
y correr tras las prenderas
desde el punto que amanece:
y hoy lo mismo qúe mañana,
y ahora y siempre teher hambre,
y comer solo fiambre,
y malo, y poco, y con gana.
¡Mas valiera ser Poeta!
¡Válgame Dios, lo que dije!
la debilidad me aflige,

y trastorna mi chaveta.
Pedro ¿quiéres ser coplero?
¿no te estuviera mejor
el ser administrador
de un ilustre caballero
que no supiese contar?
ya se vé que me estaría;
noble vida gastaría:
comer, beber, y roncar.
El primer año yo fuera
servicial y complaciente.
El segundo mas prudente
mis reflexiones hiciera,
aunque al cabo prestaría
á mi amo (de su dinero
se entiende), algun millon; pero
sin usura, llevaría
un treinta y cinco por ciento
cuando mas, que no es prudencia
emporcar nuestra conciencia
por cosa de tal momento.
El tercero, ya no debo
servir, y de consiguiente
dejo un amo impertinente,
y á mi vez soy amo nuevo.
Tomo casa y cocinero:
Tengo mesa, y soy discreto:
convido, robo un soneto,
y me tienen por Homero.
¡Qué ventura! ya me veo

en la testera de un coche
correr de dia y de noche,
ir al Prado, al coliseo,
al café: tener usía,
mirar fosco, hablar mui mal,
y siempre en impersonal:
olvidar que he sido un dia
pobre, y despreciar al pobre
solo porque soy ya rico:
ser sabio, si fui borrico:
ser oro lo que era cobre:
Ea, Don Pedro, valor;
¿quién sabe?.... mas, ¡ay de mí!
Tomasa viene. Volví
á criado de jugador.

ESCENA II.

TOMASA Y DICHO.

TOMASA.

¿Y tu amo?

PERICO.

Duerme.

TOMASA.

Pues yo....
quiero hablarle.

PERICO.

No se puede.

TOMASA.

Es fuerza pues, que le vea.

PERICO.

No ve á nadie cuando duerme.

TOMASA.

Tengo que darle un recado.

PERICO.

No grites.

TOMASA.

Que se dispierte
en buen hora. Eso deseo.

PERICO.

Pues, amiga, no consiente
mi lealtad....

TOMASA.

¡Vamos! aparta,
mostrenco.

PERICO.

Ni te conviene
tampoco, Tomasa mia,
que asi en su cuarto te cueles,
pues es verano, y no sea
que de ropa se aligere
para dormir, y....

TOMASA.

¿Qué importa?

PERICO.

Ya ves, no fuera decente,
que doncellas como tú
viesen desnudos donceles.

TOMASA.

Y ¿á qué hora me dará audiencia?

PERICO.

Vente á eso de las nueve,
y quizá....

TOMASA.

Mira, tan pillo,
tan bribon, tan insolente
eres tú como tu dueño.

PERICO.

Bien haya quien se parece
á lo suyo.

TOMASA.

Y si dijera
lo que yo pienso de ustedes....

PERICO.

Muchacha, di lo que quieras,
porque insultos de mugeres,
cuando estais.... asi.... enfadadas,
mas me agradan que me ofenden.

TOMASA.

¿Por qué, señor?

PERICO.

Porque entonces
de su afecto me convencen.
Los hombres tambien solemos
decir de ustedes mil pestes:
Que sois.... lo que sois. Y luego
dime por Dios ¿qué sucede?
Que el hombre grita y complace,

y la muger calla, y vence.

TOMASA.

¿Con qué vence?

PERICO.

Y yo te diera

una prueba convincente
de mi subordinacion,
á no temer.... ya me entiendes.

TOMASA.

¡Una prueba! y esa prueba
¿cuál es?.... ¿Por qué te detienes?

PERICO.

Porque.... la verdad, yo temo
que te enfades....

TOMASA.

¡Qué sandeces!

Vaya, dila.

PERICO.

Es que conozco

tu carácter impaciente....

TOMASA.

Hombre, mira, te prometo....

PERICO.

¿Y qué?, ¿qué es lo que prometes?

TOMASA.

Que si no despachas pronto,
agarro este taburete,
y te rompo....

PERICO.

Basta. Gusta

el ver que asi te moderes.
Y en premio de tu buen modo
voy luego á satisfacerte.
Has de saber que Don Cárlos
no está en casa.

TOMASA.

Tú me mientes.

PERICO.

No tal.

TOMASA.

¡Pues cómo! ¿ha salido?

PERICO.

Mira, chica, no lo entiendes:
es que no entró todavia
desde ayer tarde á las siete.
Sin duda algunos negocios
de importancia....

TOMASA.

Muy urgentes
deben de ser por lo menos;
pues las horas que otros duermen
en evacuarlos, emplea
tu amo....

PERICO.

¡Toma! si es su fuerte
estos negocios nocturnos.

TOMASA.

Ya se vé, por eso siempre
trasnocha. ¡Habrá picardía
semejante! ¿Te parece

que no sé yo dónde pasa
las noches, dónde se mete
las tardes y las mañanas?
En el garito.

PERICO.

¡Valiente
impostura! Mi señor
juega en casas muy decentes,
todas títulos de Italia.
Verdad es, que siempre pierde
su dinero; pero al cabo,
si lo pierde es noblemente.

TOMASA.

¡Maldito juego! Pues mira,
ya que Don Cárlos prefiere
la bayeta á mi señora,
sus vicios á sus deberes,
dile de su parte misma,
que jamas en ella piense,
ni vuelva á verla en su vida,
ni de su mano se acuerde.
Esto me manda le diga.
Harto tiempo sus infieles
juramentos ha creido.
¡Embustero! La promete
ayer tarde no volver
á jugar, tambien ofrece
no poner nunca los pies
en casas donde se juegue,
y despues.... ¡qué rábia! Pasa

la noche en un indecente
garito. Asi, asi se arruina
el necio, asi se envilece,
asi olvida sus principios,
asi se pierde, y nos pierde.

PERICO.

No hay duda, rival tenemos,
y rico.

TOMASA.

¿De qué lo infieres?

PERICO.

De que nunca Tomasita
te he visto tan elocuente
como ahora. Lo que me prueba
que tú has impuesto á intereses
sobre la necia confianza
de quien da cuando agradece.

TOMASA.

Y aun cuando eso asi fuera,
¿no tuviera suficiente
razon? ¿Puede, por ventura,
mi señora prometerse
felicidad con Don Cárlos?

PERICO.

Hija, yo no sé si puede;
pero en cuanto á mi amo es mozo,
y si se enmienda....

TOMASA.

Ni quiere,
ni puede. ¡Quánto mejor

fuera que sin detenerse
en tan locos devaneos,
en esperanzas tan leves
diese su mano....!

PERICO.

¡Ola! ¿á quién?

TOMASA.

Á un nuevo amante que tiene
juicioso, fiel, moderado,
constante, tierno y prudente.

PERICO.

Ya será mayor de edad.

TOMASA.

Que aunque rico se contiene,
y vive con cierto arreglo....

PERICO.

Hace mal ese pobrete,
porque el amor siempre gusta
del desórden.

TOMASA.

Y que debe
la preferencia de mi ama
á sus prendas eminentes,
no á su edad, ni á su figura
como algunos mequetrefes:
no es ningun viejo tampoco,
mas no cumplirá los veinte,
ni los treinta.

PERICO.

¡Ni los treinta!

¡Pobre caballero! ¿y quiéres
que temamos tal rival?
¡Ay Tomasita! no sueñes.
Tú conoceras los hombres,
pero en cuanto á las mugeres
yo las conozco mejor,
y en ellas he visto siempre
como en los niños, que gustan
mucho de la fruta verde,
y en estando ya madura
la escupen y la aborrecen,
solo porque los gorriones
han podido entretenerse
con ella.

TOMASA.

¡Qué disparate!
una muger que prefiere
su bien estar á tan necias
consideraciones, ¿tiene
acaso en qué titubear?
¿Preferirá un mozalvete
barbilampiño, lindito,
todo gestos, todo dengues,
y tan poquísima cosa
que al menor vaiven se quiebre?
cierto, ¡que con tal muñeco
pudiera una prometerse
tremendas felicidades!
¡qué ocupaciones! ¡Qué muebles!
hacer de la noche dia,

fumar, jugar, componerse,
acicalarse, mirarse
al espejo, llevar lente
por tono, tener luneta,
decir á todas se mueren
por ellas, y ser mentira,
cuando solo á sí se quieren.
No bailar porque se suda:
no cantar porque se siente
la garganta del esfuerzo:
no discurrir porque duele
la cabeza: abrir un libro,
ni se diga, ni se piense,
que la maldita jaqueca
al instante sobreviene.
En fin, no ser nunca nada,
sino meros petimetres,
fastidiosos para amantes,
y para maridos peste.
¿Te parece, Periquito,
que un dije asi nos conviene
á las que ya por desgracia
hemos pasado de trece?

PERICO.

No por cierto. Harto mejor
ós estuviera un vejete
á quien sobre de malicias
lo que le falte de dientes:
con su gorro puntiagudo,
su bata de seda verde,

su moquero, y sus chinelas
de encarnado tafilete.
Con él se tiene, Tomasa,
un comodin, pues se tiene
un relox de carne humana,
que con su tos nos dispierte:
un predicador en casa:
un doctor sin el bonete:
un consegero sin page:
un enfermo á quien se vele;
y en fin, un ejemplo vivo,
que sin cesar nos recuerde
en lo que paran al cabo
los gustos, y los deleytes.
Ello es verdad, que tambien
suele ser impertinente
regañon, y desconfiado:
que puede temer los duendes,
los trasgos, y los cortejos:
mas ¿qué importa? Las mugeres
que se casan con un viejo
no se casan; pero siempre,
cuando otra cosa no sea,
ganan mucho, pues obtienen
casa y médico de valde.

TOMASA.

Don Manuel de Goyeneche
está, por mas que te canses,
muy lejos de parecerse
al retrato consabido.

PERICO.

Pero, señor, ¿á qué viene
ahora sacar á colada
al mejor de los Manueles?
¿Qué tiene que ver el tio
de Don Cárlos, el prudente
tutor de Doña Luisita
con el nuevo pretendiente?

TOMASA.

Nada, sino ser el mismo
Don Manuel quien la pretende.

PERICO.

¿Don Manuel?

TOMASA.

El mismo.

PERICO.

¿El tio
de mi amo?

TOMASA.

Precisamente.

PERICO.

¿El tutor de tu señora?

TOMASA.

Ese, Don Periquito, ese.

PERICO.

Pues digo, que no lo creo.

TOMASA.

Haces muy mal.

PERICO.

No te empeñes,

Tomasita, en asustarnos
que es pequeño nuestro vientre
para mentiras tan gordas.

TOMASA.

Por estas cruces....

PERICO.

No apeles
tampoco á tales testigos;
porque ellos nunca desmienten.

TOMASA.

¿Con que miento?

PERICO.

Mas que un sabio
á su casero.

TOMASA.

¿Y te atreves
á dudar de lo que dice
tu novia?

PERICO.

Sí, que las leyes
matrimoniales permiten
este desahogo á quien debe
tragar despues de casado
cuantas píldoras le dieren.
¿Y pudistes esperar
creyera yo tan solemne
disparate? Don Manuel
es mucho mas que pariente
de Don Cárlos: es su padre:
su hacienda nos pertenece:

nos la tiene prometida;
la esperamos impacientes:
y sin ella ¿qué seria
de nosotros? cuál la suerte
de tanto honrado usurero
con quien tenemos pendientes,
y sin cerrar nuestras cuentas?
¿qué fuera del sastre Lesmes?
¿del zapatero Damian?
¿del sombrerero Vicente?
¿de la sucia lavandera,
y de cuantos nos protejen,
esperando como pobres
á que Don Cárlos herede?
Ademas, tú has olvidado,
sin duda, que quien pretende
casar á tu señorita
con mi amo, que quien revuelve
cielo y tierra por lograrlo,
es el mismo á quien conviertes
de casamentero en novio,
como si tan diferentes
y encontrados elementos
confundirse asi pudiesen.
No sabes....

TOMASA.

Sí, lo sé todo;
nada nuevo me refieres.
Sé muy bien que mi señor,
rico hacendado de Yepes,

y amigo de Don Manuel,
en artículo de muerte
le encargó la tutoría
de su hija.

PERICO.

Pues, dime, aleve,
¿por qué nos quieres aguar
el suspirado clarete?

TOMASA.

Sé tambien que desde entonces
se dispuso formalmente
la boda de su sobrino
con la niña, y que los bienes
del pariente solteron
se esperan para alfileres;
pero al mismo tiempo sé
que anoche estando presente
una servidora vuestra,
y quejándose agriamente
la pupila á su tutor
de los locos procederes
del extraordinario novio
que el destino la previene,
Don Manuel la respondió,
que la conducta imprudente
de su sobrino, no solo
nuestra cólera merece,
sino la suya tambien;
y que como no se enmiende
muy pronto, no será extraño

que al cabo lo deshérede.

PERICO.

Antes que tal cabo vea,
permita el cielo que ciegue.

TOMASA.

Luego dijo conocía
que era imposible qué fuese
buen marido tan mal novio,
que Don Cárlos era un débil,
un vicioso incorregible,
un calavera impudente,
un loco, un necio, un batata.

PERICO.

¡Jesus! cuál le favorece,
¡y qué pronto á conocer
se da el viejo por pariente!
¿y de mí no dijo nada?

TOMASA.

Solo que eras su alcahuete.

PERICO.

Pues siendo, como es, empleo
de pluma, en nada me ofende.

TOMASA.

Y despues en voz muy baja,
y un poquito balbuciente,
dijo yo no se que cosa
de un lazo mas conveniente,
de un cariño paternal
de mas fáciles deberes
de las manes del difunto,

de los encantos presentes,
y de poner á sus pies
mano, corazon y bienes.

PERICO.

¿Bienes dijo?

TOMASA.

Bienes dijo.

PERICO.

¡Ay salario de diez meses!
Dime pronto la respuesta
de tu señorita.

TOMASA.

Breve,
y lacónica. Callar.

PERICO.

Sobre todo es convincente.

TOMASA.

Y tanto que cada cual
la traduce como quiere.
Ahora pues, solo me resta
asegurarte que puedes
contar siempre con mi amor,
pero que los intereses
de Don Manuel son los mios.

PERICO.

Pues mira, no te se teme.

TOMASA.

Allá lo veredes, Pedro.

PERICO.

Tomasa, allá lo veredes.

TOMASA.

Abur, y no te se olvide
mi recado.

PERICO.

Dios te premie
con su bondad infinita
la voluntad que nos tienes.

ESCENA III.

PERICO, *solo.*

¡Qué notica tan funesta!
¡qué acontecimiento es este
tan impensado, Dios mio!
¡es hoy martes! ¡es hoy viernes!
á Dios, vestido de boda,
á Dios, prometidos bienes,
que al fin, como prometidos
os habeis quedado en ciernes.
Y no es eso lo peor,
sino que, ¿quién nos mantiene?
¿quién nos calza? ¿quién nos viste?
¿quién lava los arandeles?
¿quién cubre nuestras cabezas?
¿nuestros vicios quién sostiene?
No hay remedio, de esta hecha
la miseria nos envuelve,
y amanecemos un dia,
por librarnos de sus redes,
ahorcados de algun pingajo,

sino nos prestan cordeles.
Ahorcados no, que mis padres
fueron nobles montañeses,
y no es de hijos bien nacidos
morir tan cochinamente.
Venga, pues, un tabardillo,
una pútidra, una fiebre,
ó un médico catalan
que me mate prontamente;
pero venga muy despacio,
por si acaso no conviene
precipitar un suceso,
que tiene mucho de herege.
Bueno es siempre meditarlo....
Mas ¡ola! pasos se sienten,
¿si será mi perdulario?
él es, y no viene alegre.
Parto largo y parir hija....
¡Paciencia!

ESCENA IV.

Don Carlos, y dicho.

Don Cárlos.
¡Maldita suerte!
¿qué hora es?

Perico.
Son las.... siempre es hora
propia para recogerse.

DON CÁRLOS.

No es éso lo que pregunto,
sino ¿qué hora es?

PERICO.

La de siempre.

DON CÁRLOS.

Bribon, ¿te burlas de mí?

PERICO.

No por cierto. Son las nueve
poco mas, ó poco menos:
y como siempre anochece
á estas horas para usted,
por lo mismo....

DON CÁRLOS.

No me tientes
la paciencia. Ya me cansan
tus chistes impertinentes,
tus necias bufonerías.
Sirve, y calla, si exponerme
no quieres á que te rompa
una costilla: ¿lo entiendes?

PERICO.

Sí señor. No hay como hablar
español para entenderse
entre españoles.

DON CÁRLOS.

Cigarros.
¡Perro de mí! ¡qué perdiese
una sota tan en juego!
nna sota contra un siete,

lado, mayor y judia,
y quebrarse cabalmente
cuando á mí me dió la gana
de copar. Vaya, suceden
cosas.... ¿No quieres que fume?

PERICO.

Voy por ellos, ¿qué tal? viene
sin un cuarto: ¡esto faltaba!

DON CÁRLOS.

¿Qué murmuras entre dientes?

PERICO.

Nada. *Va y vuelve.*

DON CARLOS.

¡Que albur tan maldito!
luego, ya se ve, se pierde
la chaveta, y ganaranes
gallo, carambóla, entreses,
á todo se apunta, á todo....

PERICO.

Tomad los cigarros.

DON CÁRLOS.

¡Siempre
me has de perseguir, fortuna!

PERICO.

Tome usted.

DON CÁRLOS.

¡Ah! tú bien puedes
hacer que pierda el dinero,
pero que pague.... ya es ese
otro punto bien distinto,

y por mas que tú te empeñes,
perder y pagar son cosas
para mí muy diferentes.

PERICO.

¿No dijo usted que queria
fumar?

DON CÁRLOS.

Sí.... nó.... dame.... vete.

PERICO.

De cuatro órdenes opuestas
á una sola se obedece,
y esa es siempre la postrera.

DON CÁRLOS.

¡Qué! ¿te vas?

PERICO.

Asi parece.

DON CÁRLOS.

¡Lindo modo de servir!
dame, dame prontamente
un cigarro.

PERICO.

Vaya en gracia.
Tome usted.

DON CÁRLOS.

¿Y en qué se enciende?

PERICO.

Voy por lumbre.

DON CÁRLOS.

¡Habrá maldito,
y qué cachaza que tiene!

ESCENA V.

DON CÁRLOS SOLO.

¡Qué desgraciado que soy!
En dos noches solamente
he perdido la ganancia
brillante de cuatro meses.
Es cosa de darse un tiro.
Si por lo menos hubiese
pagado mis acreedores,
tuviera indudablemente
crédito, y préstamos nuevos
me armaran. Mas ¿quién se atreve
á pedirles en el dia?
luego son tan descorteses....
tan groseros.... una cara
tienen tan griega, que mete
miedo...., cara de acreedores.
Si mi tio complaciente
quisiera por cuarta vez
pagarles..., nada se pierde
en ensayarlo. Es tan bueno,
que ¿quién sabe...,

ESCENA VI.

PERICO Y DICHO.

DON CÁRLOS.

¡Ola! ya vuelves.
Yo pensé que te quedabas
por allá.

PERICO.

Si usted supiese
lo que hice en tan poco tiempo.

DON CÁRLOS.

Pues ¿qué hiciste?

PERICO.

Hice valiente
que el egército enemigo
se volviese á sus cuarteles,
y levantase el asedio
de nuestro indefenso fuerte.

DON CÁRLOS.

Explícate.

PERICO.

El zapatero
y el sastre con sus mugeres,
oficiales, aprendices,
lesnas, tijeras y muebles,
estaban....

DON CARLOS.

¿Donde?

PERICO.

En la puerta
de vuestro mismo retrete.

DON CÁRLOS.

¿Qué dices?

PERICO.

Ya era imposible,
é inútil entretenerme
en disculpas, ni promesas;
y asi con semblante alegre,
impertérrito, abracé
el partido mas prudente.
Les pido albricias. Me miran
como si no lo creyesen.
Los felicito, y entonces
me presentan sus papeles:
yo sin tomarlos les digo,
que tenemos ya corriente
aquella letra de cambio,
que nos sirvió tantas veces,
sin haber nunca existido;
luego añado que usted quiere
pagarles, pero que fuera
en extremo conveniente,
que volviesen á las doce
en punto; *porque ahora duerme*
el amo, y yo no me atrevo
por aquestas pequeñeces
á dispertarle. Ea, Damian,
á Dios, á Dios, señor Lesmes;

cuidado con la escalera,
y no me falten ustedes
á la cita: no se olviden
las cuentas, y si pudiesen
estar en papel sellado,
mejor. En fin los corchetes
se marchan, y hasta las doce
respiramos.

Don Cárlos.

Lindamente,
á las doce ya estaré
en donde ellos no me encuentren.
No obstante, siempre esta fonda
tuvo el grave inconveniente
de tener solo una puerta
á la calle, y si sucede
que me acechen, ¿cómo diablos
podré escapar de sus redes?
por lo mismo será bueno,
que pensemos seriamente
en mudar de alojamiento.

Perico.

¡Si al menos usted tuviese
una recomendacion
de algun amigo, ó pariente,
para el administrador
del hospicio!

Don Cárlos. *Riéndose.*

Ciertamente,
¡fuera un lindo alojamiento!

PERICO.

Para quien nada posee,
yo no encuentro otro mejor,
ni que mas barato cueste.

DON CÁRLOS.

¿El hospicio?

PERICO.

Mucho me temo
que solo ese arbitrio os quede,
y para casa de baños
la fuente de la Cibeles.

DON CÁRLOS.

¿Estás loco? ¿estás borracho?

PERICO.

Sí, borracho.... ¡buena gente
son los tales taberneros
de Madrid para que presten
su cristiana mercancía
á quien la plata no suelte!
no señor, no estoy borracho,
sino aburrido, impaciente,
desesperado, mortal, y...

DON CÁRLOS.

Pero dí ¿podrá saberse
la causa de tu quebranto?

PERICO.

Sepa usted....

DON CÁRLOS.

¿Qué te detiene?

PERICO.

Que Don Manuel....

DON CÁRLOS.

¿Está enfermo?

PERICO.

¡Ojalá!

DON CÁRLOS.

Quizá la muerte....
¡Santo Dios! ¡terrible idea!

PERICO.

No ha muerto, no; pero quiere
casarse.

DON CÁRLOS.

¡Cáspita!

PERICO.

Y como
la novia es como un trinquete,
no será extraño que tengan
sucesion, y que se lleven
los demonios vuestra herencia,
y mi salario los duendes.

DON CÁRLOS.

¿Quién es la novia?

PERICO.

La vuestra.

DON CÁRLOS.

¿Quién dices?

PERICO.

Que si no mienten
los informes de Tomasa,

es su señorita.

DON CÁRLOS.

Imbécil,
mentecato, ¿no conoces
que han querido entretenerse
á tu costa?

PERICO.

Dios lo quiera.

DON CÁRLOS.

Una muger que se muere
por mí, que me ha prometido
ayer tarde su celeste
retrato, sí, su retrato
que cien diamantes guarnecen,
¡Quieres que ahora me deje!

PERICO.

No lo quiero, ni por pienso:
Bien sabe Dios, me enternece
esa prueba del retrato,
aun mas de lo que parece;
pero ¿cuándo nos lo dá?

DON CÁRLOS.

Hoy mismo, si concluyere
el diamantista su encargo.

PERICO.

Dios mio, si nos conviene,
(que si convendrá, Señor)
haced que se nos dispense
antes que dé medio dia.
Pero ¡ay de mí! y si fuere

exacta mi relacion,
¿qué haremos?

DON CÁRLOS.

Otra vez vuelves
á las andadas.

PERICO.

Un pobre
teme mas que diez mugeres.

DON CÁRLOS.

No temas nada. Mi tio
me quiere tan tiernamente,
que si Dios no lo remedia
me dejará cuanto tiene.
Luego mira el celibato
como un estado que debe
hacer su felicidad,
y tanto los otros teme,
que en hablándole de boda
pierde el color y enmudece.

PERICO.

Se acordará de las suegras.

DON CÁRLOS.

Así, pues, no me recuerdes
semejante tontería;
y dime, ¿si viste al gefe
de mi egército israelita?

PERICO.

Sí señor, estuve á verle.

DON CÁRLOS.

¿Qué dice Don Simeon?

PERICO.

Que no tiene inconveniente
en prestar los cien doblones.

DON CÁRLOS.

¿Ciérto?

PERICO.

No dejó de hacerse
de pencas, mas lo reduje
por fin.

DON CÁRLOS.

¿Á los intereses
consabidos?

PERICO.

Se supone:
cinco reales cada veinte.

DON CÁRLOS.

Ven, Perico de mi vida,
á que en mis brazos te estreche:
ven, te digo.

PERICO.

Soy un tuno,
un bufon impertinente,
un pesado....

DON CÁRLOS.

No lo creas.
Siempre fuiste el confidente,
el amigo, el consejero
de tu amo, y.... dí, ¿se conviene,
supongo, Don Simeon
con la firma solamente,

como en otras ocasiones?

PERICO.

Ese es el item. Que quiere
prenda.

DON CÁRLOS.

¿Prenda?

PERICO.

Sí señor.

DON CÁRLOS.

Maldito seas, imbécil,
bruto....

PERICO.

Pues, ¿soy el que pido?

DON CÁRLOS.

Bribon....

PERICO.

Pues ¿presto á intereses?

DON CÁRLOS.

¿Prenda á mí? cuando no tengo
sino esta levita verde,
y la debo por mas señas?

PERICO.

Tambien las rotas se deben.
Eso fuera lo de menos,
si Don Simeon quisiese
contentarse con trapajos;
pero el vinagre prefiere
oro, plata, ó bien diamantes,
segun me dijo.... mas, este
que viene ¿no es vuestro tio?

DON CÁRLOS.
Él es.

PERICO.
Pues, sermon *me fecit.*

DON CÁRLOS.
¡Ay Dios! huyamos, Perico.

PERICO.
Huyamos, si es que se puede.

ESCENA VII.

DON MANUEL *solo.*
Cárlos, Perico, esperad....
Es bien inútil que piensen
evitar mi justa saña.
Corran, corran como liebres.
Nada importa, porque al cabo,
aunque logren esconderse,
yo sabré, por vida mia,
encontrarlos. Gabinete
y alcoba he de registrar,
y en dando con sus mercedes,
por las orejas vendrán
á escuchar, mal que les pese,
las postrimeras razones
de un irritado pariente.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

Don Manuel, Don Carlos y Perico.

Don Manuel.
Aqui ha de ser señorito,
aqui de grado ó por fuerza
tienes que escucharme.
Don Carlos.
Pero
¿no pudiera en la otra pieza
haberse hablado lo mesmo?
Don Manuel.
Quiero yo que en esta sea.
Sin embargo no te asustes,
que no será muy molesta
ni larga mi relacion.
Perico.
¡Ay, si escurrirme pudiera...! *Aparte.*

DON MANUEL.

¿A dónde vá ese tunante?

PERICO.

Si no me engañan las señas, *Aparte.*
habla conmigo.

DON MANUEL.

Bribon,
cuidado con que te muevas;
porque tengo que ajustarte
despues una larga cuenta.

PERICO.

Pues señor, si yo entendiese
eso de cuentas, ¿no fuera
ya lotero ó sacristan,
en vez de gastar librea?
Asi no se canse Vmd.

DON MANUEL.

Yo haré que tú las entiendas.
Cárlos, quiero recordarte,
aunque extraño te parezca,
que á mi cariño le debes
tu educacion y carrera.

DON CARLOS.

¡Ay señor! ¡Debo á Vmd tanto....!

PERICO.

Y son tantas nuestras deudas,
que ni olvidarlas podemos,
ni pagarlas!

DON MANUEL.

Sin mi tierna

compasion, huérfano triste
y abandonado en la tierra,
¿que hubiera sido de tí?
¿cuál tu existencia rastrera?
Mi hermano fué caballero...
fue pobre, y por consecuencia
hubo al cabo de abrazar
la carrera de las letras
ó la de las armas.

PERICO.

Ambas
son en pelo.

DON MANUEL.

Preferencia
á la de las armas dió,
y en el sitio de Figueras
halló una muerte gloriosa.

PERICO.

Lo mejor que se halla en ella.

DON MANUEL.

Tu madre, que tiernamente
le amaba, cedió á su pena,
y murió tambien. Tu solo
quedaste sin resistencia,
tierno infante, desvalido
y entregado á la miseria;
pero no quedaste tal,
que sábia naturaleza
quiso conservarte un tio,
que de padre te sirviera.

Tu padre he sido: cuidé
con esmero de tu ciega
infancia. Supe despues
procurarte una existencia
digna de tu nacimiento;
ya dándote una discreta
y costosa educacion,
ya renunciando á las tiernas
delicias de esposo y padre,
por conservarte mi hacienda.
Aun hice mas. Un amigo,
confiándome la tutela
de su hija joven y rica,
quiso que yo presidiera
á la eleccion del que debe
ser su esposo. La belleza,
la inocencia de Luisita,
su candor, su inexperiencia,
desde luego me inspiraron
un afecto que pudiera
muy bien llamarle pasion;
si una pasion se venciera
como yo vencí la mia;
y en vez de satisfacerla
como pude, y como puedo,
preferí que tú te unieras
á ella: la traje á Madrid,
la hospedé en la fonda mesma
en que habitas, procuré
que mutua correspondencia

entre ámbos se estableciese;
y como por dicha nuestra,
ó efecto sin duda alguna
de la cacareada influencia
de las luces, son ahora
las amorosas cadenas
mas fáciles de llevar
ó menos etiqueteras;
conseguí por fin y postre
que te enamorases de ella
antes del tercero dia,
que al quinto se lo dixeras,
y que al sexto ya tuvieses
el sí de tu amada prenda.

PERICO.

Eso es amar, y no como
amaban nuestras abuelas,
quienes antes de explicarse
ayunaban diez cuaresmas.

DON CARLOS.

Sí señor, confieso humilde
que vuestra beneficencia,
vuestro amor, vuestros desvelos....

DON MANUEL.

¿Y para qué lo confiesas?
¿Para agravar mas y mas
tu ingratitud? ¿para hacerla
mas criminal á mis ojos?
¿piensas, insensato, piensas
que tales deudas se pagan

solo con agradecerlas?
Pues, no amigo, esto no basta,
y tu conducta indiscreta
desmiente lo que tus labios
en persuadirme se empeñan.
Un modo noble y sincero
hay de agradecer finezas,
y este modo nunca es otro
para mí, que merecerlas.
Mereces tú las que yo
te dispensé? tu obediencia,
tu respeto, tus acciones,
acaso, dime, concuerdan
con tus palabras? ¿qué has hecho
para probarme tu tierna
gratitud?

DON CÁLOS.

¿Que le diré? *Aparte.*

DON MANUEL.

Si yo aguardo tu respuesta,
tarde ó nunca acabaremos:
Asi pues, con tu licencia
voy á responder por tí.

PERICO.

Ahora si que granillea. *Aparte.*

DON MANUEL.

Jugador incorregible,
inmoral y calabera,
has seguido de los vicios
la siempre funesta senda:

has hollado tus principios,
has burlado mis severas
instrucciones; despreciaste
mis consejos, y con befa,
con baldon, con vituperio
has pagado mis ternezas.

PERICO.

Quando se paga se escoje *Aparte.*
siempre la mala moneda.

DON MANUEL.

Compañero inseparable
del garito, y la bayeta,
entre trampas y barajas
arrastras una existencia
bien inutil. Cárlos, Cárlos,
¿qué hiciste de tus primeras
inclinaciones? por qué
has trocado tu inocencia,
tu candor, y tus virtudes,
por la inquietud, por la negra
avaricia, por placeres
infames, y por baxezas?

DON CARLOS.

¡Ah Señor!

DON MANUEL.

¡Cómo te encuentras!
¿Tu palidez, tus ojeras,
ese pelo desgreñado,
ese desaliño dexan
acaso ninguna duda

de las penas que atormentan,
que despedazan tu pecho?
¿cualquiera que asi te viera,
no te tomara por uno
de los muchos que se emplean,
vagando de monte en monte,
en robar la hacienda agena?
¿no creyera que has pasado
la noche en una caberna?

PERICO.

Entre taberna y garito *Aparte.*
la distancia es bien pequeña.

DON MANUEL.

Pues no amigo; yo no puedo
sin gravar mas mi conciencia
consentir que asi te olvides.
Mi honor, mi delicadeza,
mi deber, y mi sosiego,
sufrieran si tal hiciera
por mas tiempo. Mientras tuve
esperanzas de tu enmienda,
todo lo llevé con bien;
pero pues que tú te empeñas
en desengañarme, debo
desistir ya de mi empresa,
y á tus locos extravíos
dexarles la rienda suelta.
Busca, necio, el precipicio,
sigue, sigue enhorabuena
la conducta que te infama;

nada me importa. Ya cesan
para siempre las disputas
entre nosotros. Tú juega
de sol á sol, si te place,
porque yo con tu licencia
he tomado mi partido.

PERICO.

Tambien mi amo.

DON MANEUL.

¡Habrá insolencia
igual!

PERICO.

Pero si.....

DON MANUEL

¡Bribon!

PERICO.

Aqui nadie bribonea,
sino dice la verdad;
y aunque Vmd. se enfade, sepa
que su sobrino despues
de reflexiones muy serias,
tambien tomó su partido.

DON MANUEL.

¿Y cuál es?

PERICO.

El que les queda
á todos los jugadores
que conocen su demencia,
y se arrepienten.

DON MANUEL.

Si, cuando
no tienen una peseta.

PERICO.

Ya, en desconfiando de todo.....
Mire Vmd., la Magdalena
despues que fue pecadora,
fue santa y........

DON MANUEL.

¿Y qué tu amo piensa
tambien en canonizarse.?

PERICO.

No señor, pero resuelta
tiene su enmienda: si no
pregúntele Vmd. cual era
de nuestra conversacion
la delicada materia
cuando Vmd. llegó á su cuarto.

DON MANUEL.

Y vamos ¿cuál era? cuenta.

PERICO.

¡Toma! Que está ya resuelto
â pagar todas sus deudas,
y no volver á jugar
en la vida.

DON MANUEL.

¡Ya! protestas
de jugadores, que duran
hasta que la flota llega.

PERICO.

Pero Señor, ¿si Don Cárlos
tuviese la infame idea
de volver á las andadas,
sus deudas satisfaciera?
¿se quedára sin dinero?

DON MANUEL.

¿Con que segun eso, piensa
en pagarlas todas?

PERICO.

Todas.

DON MANUEL.

¿Es esto, Cárlos, de veras?

DON CARLOS.

Sí señor. He conocido
del juego las consecuencias,
y para siempre detesto
vicio que tan caro cuesta.

DON MANUEL.

No me engañes.

DON CARLOS.

Si lo hiciera,
¡permita el cielo.....!

PERICO.

Que llueva *Aparte.*
por Abril.

DON MANUEL.

Basta, no jures;
y si quieres que te crea,
tus trampas paga al instante.

DON CARLOS.

Mi intencion, señor, es esa.

DON MANUEL.

Pues bien, ¿en qué te detienes?
marcha.

DON CARLOS.

Es que....

DON MANUEL.

Vaya, ¿qué nueva
dificultad se te ofrece?

DON CARLOS.

Ninguna. Solo desea
mi voluntad complaceros,
y asi con vuestra licencia
iré á llenar mis deberes.

DON MANUEL.

Anda con Dios. Si las señas
no me engañan, me parece
que de esta vez va de veras.
El pobre está arrepentido,
conoce ya su demencia;
y luego.... ¿qué? ¿no te has ido?

DON CARLOS.

No señor.

DON MANUEL.

Pues está buena
la cachaza.

DON CARLOS.

¿Y culpa mia
será acaso que no tenga

yo suficiente dinero
para cumplir mi promesa?

DON MANUEL.

¡Ahora salimos con eso!

DON CARLOS.

Cada cual sus cuentas echa
en razon de lo que tiene;
y asi, si Vmd. no me presta
algun dinero.... no sé
como hacerlo.

DON MANUEL.

¡Linda treta
á la verdad! Pero, amigo,
de puro vieja no cuela.
Solo siento que me juzgues
tan necio que presumieras
engañarme.

DON CARLOS.

¡Yo engañaros!

DON MANUEL.

Y atrapar á buena cuenta
mi dinero con el cebo
engañoso de tu enmienda.

DON CARLOS.

No señor; y si Vmd quiere
satisfacerse.....

DON MANUEL.

¿Qué intentas
hacer?

Don Carlos.

Darle á Vmd. el dinero
que tengo en la faltriquera,
y con él que Vmd. se encargue
de pagar cuanto se adeuda,
y de suplir lo que falte.
De este modo Vmd. se queda
sin escrúpulos, y yo
tambien me quedo sin esas
malditas trampas.

Perico.

Señor
Don Manuel, si Vmd. no acepta
no tiene perdon de Dios.

Don Manuel.

Pero, hombre, deja que sepa
á cuanto asciende el caudal
de tu amo.

Perico.

En una cuenta
tan larga, ¿qué monta un cero
mas ó menos?

Don Manuel.

Interesa
sin embargo......

Don Carlos.

Amado tio,
no olvideis vuestra terneza
en tan crítica ocasion.

PERICO.

Por santa Polonia excelsa,
abogada y protectora
de los dolores de muelas,
dexaos, señor, arrancar
las que teneis en talegas.
Haced el postrer esfuerzo.

DON CARLOS.

Por Dios....

PERICO.

Por la Vírgen....

DON MANUEL.

Ea,
bien está. Lo haré; mas juro
que si otra vez....

DON CARLOS.

Nada tema
Vmd. Y pues merecí
volver de nuevo á su tierna
gracia, permitidme que
me retire.

DON MANUEL.

¿Ya me dejas?

DON CARLOS.

Es preciso que me vista
para ponerme en presencia
de Luisa, y desenojarla.

DON MANUEL.

Dices bien. No te detengas.

ESCENA II.

Don Manuel y Perico.

Don Manuel.

Y tú, Perico, bien puedes
presentarme cuando quieras
la cuenta de vuestras trampas;
pero cuidado no sea
cueuta del gran Capitan.

Perico.

Está bien.

Don Manuel.

Mira que arriesgas,
si te cojo en un renuncio,
mucho mas de lo que piensas.

Perico.

¿No sabe Vmd. que soi noble?

Don Manuel.

Sí; pues obra con nobleza.

ESCENA III.

Don Manuel solo.

¡Válgate Dios por sobrino!
¡No es nada lo que me cuesta!
Dinero, quietud y novia.
Porque al fin si yo quisiera
aprovecharme, no hay duda

que me casara con ella.
¡Es tan linda y tan amable!
Luego la conducta necia
de Cárlos la enfada tanto
que casi, casi.... me tiemblan
las carnes solo en pensarlo.
Y de mi Cárlos ¿qué fuera
entonces? ¡pobre muchacho!
Vaya, vaya, si se enmienda,
todo lo demas es menos;
y aunque yo mi dicha pierda,
si logro labrar la suya,
si por mí deja la senda
del vicio, en el pecho mio
hallaré la recompensa.

ESCENA IV.

Doña Luisa, Tomasa y dicho.

Doña Luisa.
¡Señor Don Manuel!
Don Manuel.
¡Señora!
Doña Luisa.
Me alegra infinito hallaros.
Don Manuel.
Y yo no pensé encontraros
ni en tal sitio, ni á tal hora.

DOÑA LUISA.

Mi fiero pesar no deja
lugar á la reflexion.

DON MANUEL.

Teneis, Luisita, razon;
mas suspended vuestra queja,
que en los extremos de un mal
suele encontrarse el remedio.

DOÑA LUISA.

Yo no encuentro ningun medio.

DON MANUEL.

Pues yo sí.

DOÑA LUISA.

Decidme cual.

DON MANUEL.

Mi sobrino arrepentido
de sus locos devaneos,
y cediendo á mis deseos
abjurarlos ha ofrecido.

DOÑA LUISA.

¿Cómo puedo yo creer
á quien siempre me engañó?

DON MANUEL.

Mirad que lo prometió.

DOÑA LUISA.

Lo mismo me dijo ayer,
y no ha dejado por eso
de jugar la noche entera.

DON MANUEL.

Ha sido por vez postrera,

y os pido por tal exceso
en mi nombre su perdon.

DOÑA LUISA.

Mucho en verdad me admirais.

DON MANUEL.

¿Y por qué?

DOÑA LUISA.

Porque olvidais
su culpa y vuestra razon.

DON MANUEL.

No puedo olvidar que ayer
os hablé de otra manera;
pero amor mi intérprete era,
y hoy lo es solo mi deber.
Don Cárlos es mi sobrino,
y pues que os pudo agradar,
no debo sacrificar
su destino á mi destino.
La juvenil ligereza
pudo causar su extravío,
y merecer que en desvío
se trocase la terneza;
pero al cabo la razon
con vustros dulces encantos
disipa delirios tantos,
y le vuelve á su pasion.
Gozad, pues, de la victoria,
recibidle, perdonadle,
que si yo logro mirarle
digno de su misma gloria,

podré, á pesar de mi amor,
ser dichoso lo bastante,
que si pierdo como amante,
ganaré como tutor.

ESCENA V.

Doña Luisa y Tomasa.

Doña Luisa.
¡Ay Tomasa! ¿has escuchado?
Tomasa.
Sí, Señora, que escuché.
Doña Luisa.
Y bien, ¿qué me dices?
Tomasa.
Que
Don Manuel es un dechado
de nobleza y de bondad.
Doña Luisa.
Y á tal punto me interesa,
que le premiara sin esa
maldita debilidad,
que en favor de su sobrino
agita mi corazon.
Tomasa.
¿Con qué obtendrá su perdon?
Doña Luisa.
¡Su perdon! ¡qué desatino!
No lo pienses por tu vida;

pues ¿no ves que me ofendió
demasiado?

TOMASA.

Lo que yo
os veo es muy derretida,
y me temo....

DOÑA LUISA.

¡Qué locura!
No temas, no, que le obone,
ni que jamas le perdone.

TOMASA.

O arriesgais vuestra ventura.

DOÑA LUISA.

Pero mira que te advierto,
que nunca me hables por él.

TOMASA.

¿Soy acaso Don Manuel?

DOÑA LUISA.

Es que te miro, por cierto,
inclinada á su favor.

TOMASA.

¡Jesus! No tal, señorita,
si solo el verlo me irrita,
¿qué no hará su loco amor?

DOÑA LUISA.

¿Me lo ofreces?

TOMASA.

Sí señora.

DOÑA LUISA.

Pues yo sabré en mi despecho

desterrar de un tierno pecho
una imágen que aun adora.

TOMASA.

Dejadme, pues, preguntar
¿qué supo decir ó hacer
para tanto merecer?

DOÑA LUISA.

¿Qué supo? supo agradar.

TOMASA.

¿No mas?

DOÑA LUISA.

¿Y qué? ¿no es bastante?
¿Puede haber mayor talento
que aquel que nos da el contento,
y hace feliz un amante?
De un vasallo de Cupido
nunca el mérito es dudoso,
y es galan si es venturoso,
feo y necio si aborrecido.
Pero no importa: te juro
que venceré mi pasion.

TOMASA.

Y vuestro fiel corazon,
que nunca ha sido muy duro,
¿podrá acaso resistir
ni á sus quejas, ni á su llanto?

DOÑA LUISA.

Sabrá burlar su quebranto,
y tambien sabrá sufrir.

TOMASA.

¿De veras?

DOÑA LUISA.

Tú lo verás.

TOMASA.

Eso sí que es ser muger
de provecho, y de saber.

DOÑA LUISA.

Pronto lo conocerás,
pues temiéndose mi enfado,
vendrá el necio á suplicar,
y yo no le he de escuchar.

TOMASA.

¡Ay señorita! cuidado;
mire usted que del amor
la táctica es conocida,
y toda plaza es rendida
cuando escucha al sitiador.
Por eso aunque un si es ó no es
humilde y ruboroso,
venga el galan engañoso
y se arroje á vuestros pies,
y os coja la blanca mano,
y la bese, y llore, y diga:
perdóname, dulce amiga,
alivia mi mal insano,
duélete de mi sufrir,
vuelveme tu corazon,
ó á mi desesperacion
la resta solo morir;

no le oigais, y si volveis
el rostro, haced que los ojos
le digan vuestros enojos;
que aunque entonces le mireis
fingir como que se va,
ó en estudiado despecho
maltratarse rostro y pecho,
nada importa, pues tendrá
en no herirse buen cuidado;
y aunque se arranque el cabello,
tampoco se duela por ello,
que sin duda está pegado.

Doña Luisa.

Dices bien, y es de admirar
por cierto tu gran saber.

Tomasa.

El gallego y la muger,
si llegan á despuntar,
no hay matemático fino,
ni estudiante, ni letrado
que pueda ser comparado
á su ingenio peregrino,
por lo tanto no extrañeis
que yo sepa.... mas ¡ay Dios!
Don Cárlos viene, y con vos
quiere hablar, no lo dudeis.

Doña Luisa.

Pues que venga, y su traicion
recibirá un desengaño.

TOMASA.

Para conocer su engaño,
no hay que olvidar mi leccion.

ESCENA VI.

DON CARLOS Y DICHAS.

DON CARLOS.

¿Querrá mi objeto adorado
tornar los divinos ojos,
y curar de sus enojos
á un amente desdichado?

TOMASA.

¿Qué tal? ¿no lo dije yo?

DON CARLOS.

¿Podrá esperar su perdon?....

TOMASA.

Esta sí que es ocasion
para decirle que nó.

DON CARLOS.

Conozco que su furor, *Aparte.*
por un vergonzoso vicio,
dificulta el beneficio,
y justifica el rencor;
mas si el verle arrepentido,
si postrándose á sus pies....

DOÑA LUISA.

No es esta la primer vez
en que ya engañada ha sido:

asi que vuelva en buen hora
en pos del tapete verde,
y nunca de mí se acuerde.

TOMASA.

Bravísimo, mi señora.

DON CARLOS.

¿Y qué, por siempre un desden
le priva de la esperanza?
Dejadle tener confianza
en la bondad de su bien.

DOÑA LUISA.

Hará mui mal.

TOMASA.

Señorita, *Aparte.*
pocos dimes y diretes,
porque tales mata sietes
matan con la lengüecita.

DOÑA LUISA.

Idos, Don Cárlos.

DON CARLOS.

Mirad
que....

TOMASA.

Si Dios no lo remedia *Aparte.*
ahora empieza la tragedia.

DON CARLOS.

Haré vuestra voluntad,
pero me voy á morir.

DOÑA LUISA.

¿A morir?

DON CARLOS.

Quedad con Dios.

DOÑA LUISA.

¿Dónde vais? ¿estais en vos?
detened....

DON CARLOS.

No.

TOMASA.

Dejadle ir.

DOÑA LUISA.

Detened por vida mia.

DON CARLOS.

¿Me lo mandais?

DOÑA LUISA.

Sí señor.

DON CARLOS.

¿Y me volveis vuestro amor?

DOÑA LUISA.

Tambien, aunque no debia.

DON CARLOS.

¡Cielos, qué felicidad!
Permitid....

DOÑA LUISA.

Dexad extremos,
y con tal que nos amemos,
bendeciré mi bondad.

DON CARLOS.

Os juro....

DOÑA LUISA.

Callad, ingrato,

que sin que jureis os creo,
y en prueba daros deseo
el consabido retrato.

DON CARLOS.

Será talisman á veces
en favor de mi deber.

DOÑA LUISA.

Venid pues.

TOMASA.

Al fin muger,
mucho ruido, y pocas nueces.
Y no hay ninguna, por mas
ofendida que se crea,
que sino la llaman fea,
no perdone lo demas.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

Don Carlos y Perico.

Don Cárlos.

¿Perico?

Perico.

Señor.

Don Cárlos.

Ven pronto.

Perico.

Aqui estoy.

Don Cárlos.

Mira hombre, mira
el retrato prometido
de mi adorada Luisa.

Perico.

¿El de los diamantes?

Don Cárlos.

Sí,
el mismo.

PERICO.

¡Jesus, qué dicha!

DON CÁRLOS.

Repara qué lindos ojos.

PERICO.

¡Qué gordos son!

DON CÁRLOS.

Qué pupilas
tan negras.

PERICO.

Por poco mas
como el puño.

DON CÁRLOS.

Tú deliras.

PERICO.

No tal.

DON CÁRLOS.

Pues dime ¿qué dices?

PERICO.

Diga vmd. ¿qué decia?

DON CÁRLOS.

Yo de sus ojos hablaba.

PERICO.

Yo de los diamantes.

DON CÁRLOS.

Quita,
botarate, y con tus chistes
no distraigas la delicia
que me enagena al mirarla.
¡Ay qué boca! ¡qué sonrisa!

¿Perico?

PERICO.

Señor.

DON CÁRLOS.

Te juro
que jamas la ví tan linda
como ahora.

PERICO.

Ya vé vmd. siempre
una muger que se pinta
vale mas que sin pintar.

DON CARLOS.

Es que está muy parecida;
y con todo..... yo la encuentro
un no se qué.....

PERICO.

Sí la misma
cosa me sucede á mí.

DON CARLOS.

¿Y te agrada?

PERICO.

Y maravilla.

DON CARLOS.

¿Qué la encuentras? vaya, dilo.

PERICO.

Lo que puso el diamantista.

DON CARLOS.

¡Maldito seas!

PERICO.

Pues ¿acaso

brillaba lo que ahora brilla?

DON CARLOS.

Si tú vieras qué enfadada
conmigo estaba Luisita,
y qué trabajo, Perico,
me ha costado reducirla,
te admirára.

PERICO.

Lo supongo.

DON CARLOS.

Pero al fin dos lagrimitas
á tiempo, y cuatro razones
de las que llaman bien dichas,
pudieron mas que su enojo.

PERICO.

Vaya que tambien habria
su juramentito al canto.

DON CARLOS.

Sí lo hubo.

PERICO.

Cosa precisa;
porque en la hermita de amor,
despues de pasadas riñas,
si los votos se colgasen,
fuera almacen y no hermita.

DON CARLOS.

Juré dejar para siempre
el juego.

PERICO.

¿Y tambien las citas,

las bromas, las francachelas,
y lo demas?

DON CARLOS.

Tambien.

PERICO.

¡Viva!
Bueno es que con el autor
se vaya la compañía.

DON CARLOS.

Ea, Perico, vida nueva,
sin esperar la otra vida.

PERICO.

Vaya en gracia.

DON CARLOS.

Los principios
siempre se harán cuesta arriba,
no hay remedio; porque al cabo
las horas que entretenia
en el juego, será fuerza
ocuparlas de distinta
manera.

PERICO.

Pues ya se vé.

DON CÁRLOS.

Escuha: yo no leía
jamas; pues bien, determino
leer dos veces cada dia
desde ahora.

PERICO.

Bien hecho.

DON CÁRLOS.

El diario.
caerá por la mañanita,
y la gaceta despues
de cenar.

PERICO.

Bravo.

DON CÁRLOS.

En seguida
emprenderemos algun
estudio útil, que nos sirva
y deleyte; verbi gracia,
el ajedrez.

PERICO.

¡Qué maldita
inclinacion! ¿otro juego?

DON CARLOS.

Sí, pero se necesita
para jugarlo saber
un poco de astrología.

PERICO.

Lindo estudio para un novio.

DON CÁRLOS.

En fin, Perico, mi vida
pasaré gustosamente
en teatro, café ó visitas,
y si acaso sobra tiempo,
para eso tengo la dicha
de casarme.

PERICO.

Siempre os quedan
los placeres de familia.

DON CÁRLOS.

¿Quién lo duda? Los chiquillos
no siempre lloran ni gritan:
tambien dan sus buenos ratos.

PERICO.

Muy buenos.

DON CÁRLOS.

Ya se imagina
mi cariño que los vé
trepar por mesas y sillas,
romper cristales, tirar
pedradas, cantar la pía,
ó revolcarse, ensuciarse
y descalabrarse.

PERICO.

¡Linda
perspectiva!

DON CÁRLOS.

De mi esposa
nada digo: sus caricias,
á la par de sus encantos,
aumentarán á medida
de los años. . . . Sí, no hay duda;
aumentarán.

PERICO.

¡Exquisita
novedad!

DON CÁRLOS.

Por lo mismo
diremos en resumidas
cuentas, que por ella solo
logro la quietud perdida.
Y tú, seductora imagen
de muger tan peregrina,
ven, y nunca te separes
de mí; los labios impriman
mil besos en tí, y el seno
despues de templo te sirva.

PERICO.

¿Con qué ya no sale de ahí?

DON CÁRLOS.

Primero me moriria.

PERICO.

¿Ni tampoco jugais mas?

DON CÁRLOS.

Dí mi palabra, y cumplirla
sabré.

PERICO.

Pues á muy buen tiempo
llega aquel camaradita
de antaño.

DON CÁRLOS.

¿Quién?

PERICO.

Don Jacinto.

DON CÁRLOS.

Sí, pues viene de perilla.

ESCENA II.

DON JACINTO Y DICHOS.

DON CÁRLOS.

¡Jacinto!

DON JACINTO.

A Dios, chico mio.

DON CÁRLOS.

Con cuidado me tenias:
como no he visto anoche
en casa de Doña Rita,
pensé que estabas enfermo.

DON JACINTO.

¡Ojalá!

DON CÁRLOS.

¿Pues qué desdicha
te ha sucedido?

DON JACINTO.

¿No sabes
mi catástrofe?

DON CÁRLOS.

No.

DON JACINTO.

Pues admira
mi desgracia: antes de anoche
me mataron.

PERICO.

¡Vírgen mia!

Don Cárlos.

¿No es mas que eso?

Don Jacinto.

¿Te parece poco?

Don Cárlos.

¡Valiente pamplina!
Pues, hombre, si me parara
yo en tamañas tonterías,
tambien debiera quejarme.

Don Jacinto.

¿Tronaste?

Don Cárlos.

En regla.

Don Jacinto.

¿Y con risa me lo dices?

Don Cárlos.

Sí por cierto.
Las almas grandes no chistan
cuando se quedan sin blanca.

Don Jacinto.

¡Caramba! Y yo que venia.....
pero cuéntame á lo menos
tu entierro.

Don Cárlos.

Fue una maldita
sota que en negarse dió,
y yo tuve la manía
de quebrar; pero, Jacinto,
no ví otro tanto en mi vida:
diez albures y tres gallos
perdí seguidos.

Don Jacinto.

Y mira, ¿quién tallaba?

DON CÁRLOS.

El italiano
de las gafas.

DON JACINTO.

Lagartija
igual con difiultad
se encuentra en la greguería.

DON CARLOS.

Paciencia, asi como asi
es la última vez....

DON JACINTO.

No finjas.

DON CARLOS.

Es el caso, que al fin tomo
estado.

DON JACINTO.

¿Tú?

DON CARLOS.

Mi familia
se empeña....

DON JACINTO.

Pues, majadero,
te cayó la lotería.

DON CARLOS.

No tal, que mi novia es jóven....

DON JACINTO.

Ya será vieja.

DON CARLOS.

Y bonita....

DON JACINTO.

Ya será vieja.

DON CARLOS.

Y la adoro....

DON JACINTO.

Ya será vieja.

DON CARLOS.

Y muy rica.

DON JACINTO.

Eso sí que no envejece:
lo demas es mercancía
cuya moda pasa pronto,
y se arrincona en seguida.

DON CARLOS.

Por lo mismo estoy resuelto
á no tomar en mis dias
la baraja.

DON JACINTO.

¿Ni apuntar?

DON CARLOS.

Menos: ¿No ves que podia
perder el dote?

DON JACINTO.

Es muy cierto,
y segun la recibida
opinion, nadie jugar
debiera sin la precisa
condicion de no tener
que perder.

PERICO.

La maximita, *Aparte.*
cuán ventajoso es el juego,
á lo menos nos indica.

DON JACINTO.

Con que segun eso, Cárlos,
¿no querrás ver la partida
que desde hoy se ha establecido

• •

en casa de aquella prima
que tuvo don Sisebuto?

DON CARLOS.

Nada de juego me digas.
Y dí, ¿quién talla?

DON JACINTO.

Don Pedro.

DON CARLOS.

¿Aquel de caballería?

DON JACINTO.

El mismo.

DON CARLOS.

¡Voto va sanes!
y yo le tengo cogida
la suerte de un modo que.....
vaya, no se verifica
vez que le apunte, que no
le desbanque.

DON JACINTO.

Hombre, ¡qué dicha!

DON CARLOS.

¿No ves que está enamorado
de aquella muchacha vizca,
sobrina del racionero,
y por hacerla señitas,
y muecas, y carantoñas,
se entretiene, y se descuida,
y da siempre un juego eterno?

DON JACINTO.

Entonces no es maravilla
que le ganes.

DON CARLOS.

Por supuesto.

Y ¿cuánto pone?

DON JACINTO.

¡Cien lindas
medallas!

PERICO.

Y muy devotas.

DON CARLOS.

¡Cáspita, qué bien vendrian!

DON JACINTO.

¿No te tientas?

DON CARLOS.

Hombre..... no,
no me atrevo. Y ganaría
indudablemente.

DON JACINTO.

¿Tienes
corazonada?

DON CARLOS.

Muy fija.

DON JACINTO.

Pues entonces haces mal,
que á la fortuna la pintan
calva, y nunca hay disculpa
para el que la desperdicia.

DON CARLOS.

Ya se ve..... pero he jurado
ahora mismo.....

DON JACINTO.

Tonterías.

DON CARLOS.

Luego, mi novia si llega
á saberlo.....

DON JACINTO.

¡Gran salida!
Carlos, por cierto, tendras
esa frente echando chispas?
¿Cómo quieres, botarate,
que una linda señorita,
en vísperas de casarse,
piense en su novio? La niña
harto tiene en qué pensar
con saber si su modista
le hace el vestido de boda
á la virgen: Si las cintas
han de guarnecer á tablas,
ó si se pone cotilla.
Asi, apuesto mi cabeza
á que nunca lo sabia.

DON CARLOS.

Con todo, chico, no quiero
esponerme.

DON JACINTO.

Cobardía.

DON CARLOS.

Ademas no tengo un cuarto.

DON JACINTO.

Eso es peor.

DON CARLOS.

Ni caspicias
me quedaron ayer noche.

DON JACINTO.

¡Qué diablura!

DON CARLOS.

Y yo tenia
seguridad de ganar.

DON JACINTO.

Ya se ve que ganarias.

DON CARLOS.

¡Voto á..... ! ¿Perico?

PERICO.

Señor.

DON CARLOS.

¿Te queda alguna reliquia
de tus salarios cobrados?

PERICO.

Señor, por santa Cecilia:
si hace diez meses que no
se me pagan.

DON CARLOS.

¿No podias tener de estrangis
algun dinero, y.....?

PFRICO.

Para cerilla
lo quisiera, si no fuera
porque me acuesto de dia.

DON CARLOS.

Y tú, Jacinto, ¿no tienes?

DON JACINTO.

Precisamente venia
á que me armases.

DON CARLOS.

Pues, hombre,
el juego nos perjudica:
mas vale que no juguemos.

DON JACINTO.

¡Qué lástima de partida!

DON CARLOS.

¡Qué dolor de cien medallas!

PERICO.
¡Qué conversion tan divina!

ESCENA III.

DON SIMEON Y DICHOS.

DON SIMEON.
Señores, santos y buenos
dias.

DON CARLOS.
¡Jesus, qué visita,
don Simeon!

DON JACINTO. *Bajo á don Carlos.*
¿Quién es este?

DON CARLOS. *Lo mismo.*
Un usurero.

DON JACINTO. *Á Perico.*
Una silla
al señor.

DON CARLOS.
Siéntese vmd.

DON JACINTO.
Cúbrase vmd.

DON SIMEON.
No debia;
pero, supuesto que ustedes
me lo permiten.....

DON CARLOS.
¡Qué fibra
tan robusta la de vmd!
¡qué colores!
¡qué barriga!

vaya, no hay como tener
una conciencia tranquila
para engordar como un turco.

DON SIMEON.

Es verdad.

DON CARLOS.

Nadie os daria,
segun lo fuerte que estais,
de cuarenta años arriba.

DON SIMEON.

Pues ya tengo mis tres duros;
mas, que menos.

PERICO. *Aparte.*

Su avaricia
se conoce hasta en el modo
con que cuenta su edad misma.

DON CARLOS.

Pero hablando de otra cosa,
dígame vmd. por su vida,
¿qué casualidad le trae
por estos barrios?

DON SIMEON.

Creia
que vmd. me necesitaba,
y Periquillo.....

DON CARLOS.

Á fe mia,
tiene vmd. mucha razon:
ya lo olvidaba.

DON SIMEON.

Y como iba
diciendo, el tal Periquillo
me metió tan grande prisa,

que luego que despaché
mi Misa en la Buena-dicha,
he venido para ver
lo que vmd. quiere.

DON CARLOS.

Tenia
cierto proyecto.....pero....

DON JACINTO. *Á don Carlos.*

¿Era
dinerillo?

DON CARLOS.

Lo adivinas.

DOÑ JACINTO. *Á don Carlos.*

Pues, no puede venir nunca
mas á pelo.....

DON CARLOS. *Á don Jacinto.*

Tú me incitas
de un modo que.....

DON JACINTO. *Á don Carlos.*

Vamos, hombre,
es fuerza que te decidas.

DON CARLOS. *Á don Jacinto.*

La partida es tentadora.

DON JACINTO. *Á don Carlos.*

No puede ser mas bonita.

DON CARLOS. *Á don Jacinto.*

Y luego talla don Pedro.....

DON JACINTO. *Á don Carlos.*

A quien tú siempre le arruinas.

DON CARLOS *Á don Jacinto.*

Ea pues, escrúpulos fuera.

PERICO.

¿En qué pararán las Misas?

Don Carlos.

Sepa vmd. don Simeon,
que yo necesitaría
unos cien doblones.....

Don Simeon.

Bueno.

Don Carlos.

Si vmd. me los facilita
en los términos sabidos,
cuente vmd. con.....

Don Simeon.

Vuestra firma,
señor don Carlos, me basta.

Don Carlos.

Asi no se necesita
prenda alguna, como dijo
ese necio.

Don Simeon.

Vmd. me humilla.
Yo no soy ningun prendero,
para tomar baratijas,
ni trapajos; no señor.
Si á veces tengo la dicha
de que algunos caballeros
de mi dinero se sirvan,
es solo por complacerlos.
Verdad es, que las malicias
del siglo me han obligado
á tomar ciertas medidas
de precaucion, que aseguren
las cantidades debidas;
por ejemplo, nunca presto
á nadie sin la precisa

condicion de que me entregue
antes de todo y por via
de depósito, ya sea
alguna joya, ó bajilla
de plata vieja, ó diamantes
usados, ó.....

DON CARLOS.

No prosiga
vmd., que ya comprendemos
sus muy generosas miras;
pero es el caso, que yo
no tengo esas alhagillas
que vmd. exige y.....

DON SIMEON.

Pues cuando
vmd. las tenga, me avisa;
y volveré.

DON CARLOS.

Don Simeon,
mire vmd. que me asesina,
si no me presta el dinero.

DON SIMEON.

¡Ay don Carlos¡ No me aflija
vmd., que si lo tuviera,
de buena gana lo haria.

DON CARLOS.

Esfuércese vmd.

DON SIMEON.

No puedo.

DON CARLOS.

¿Quiere vmd. que de rodillas
me ponga.

DON SIMEON.

Será lo mismo
que si vmd. se crucifica.

DON CARLOS. *Bajo á don Jacinto.*

Hombre ¿qué hago?

DON JACINTO. *Id. á don Carlos.*

¿Qué has de hacer,
si no puedes la avaricia
contentar de ese demonio.

DON CARLOS. *Id. á don Jacinto.*

Lo que es poder, bien podia,
si me atreviera, pero.....

DON JACINTO. *Id. á don Carlos.*

¡Oiga!
¿te queda alguna sortija
trasconejada?

DON CARLOS. *Id. á don Jacinto.*

Me queda
la imagen de mi querida,
guarnecida de diamantes.

DON JACINTO. *Id. á don Carlos.*

Vaya, vaya, eso es mentira.

DON CARLOS. *Id. á don Jacinto.*

Mírala.

DON SIMEON.

Con que, don Carlos,
tengo por cierto una cita,
y es fuerza.....

DON CARLOS.

Soy con vmd.
al instante. Y tú ¿qué harias *bajo á don Jacinto.*
en mi lugar?

Don Jacinto. *Id. á don Carlos.*
Lo empeñaba.
Don Carlos. *Id. á don Jacinto.*
Ello es una villanía.
Don Jácinto. *Id. á don Carlos.*
No hay duda: pero el dinero
urge tanto.....
Don Carlos. *Id. á don Jacinto.*
Esa partida
promete grandes ganancias.
Don Jacinto. *Id. á don Carlos.*
Y tú que tienes cogida
la suerte del susodicho.
Don Carlos. *Id. á don Jacinto.*
No puede ser. Me moría
de vergüenza, si supiesen
semejante bastardia.
Don Simeon.
Señores, hasta mas ver.
Don Carlos.
Espere vmd., por san Dimas,
tan siquiera dos minutos.
Don Simeon.
Bien; pero ya es medio dia.....
asi despáchese vmd.
Don Jacinto. *Bajo á don Carlos.*
Yo no encuentro otra salida.
Don Carlos. *Id. á don Jacinto.*
Pero, hombre, dar un retrato
de mi adorada Luisa.....
Don Jacinto. *Id. á don Carlos.*
Y acaso ¿la quieres menos
por eso?

Don Carlos. *Id. á don Jacinto.*

Mas que á mi vida.

Don Jacinto. *Id. á don Carlos.*

Luego, ¿quién sabe si dentro
de media hora, te hallarias
en fondos, y rescatabas
entonces á tu cautiva.

Don Carlos. *Id. á don Jacinto.*

¿Dentro de media hora?

Don Jacinto. *Id. á don Carlos.*

Pues
con que se den tres judias,
ó tres contrajudias, basta.

Don Carlos. *Id á don Jacinto.*

Es cierto: y me vaticina
el corazon, que muy presto
voy á salir de fatigas.
Tome vmd., don Simeon,
entérese bien, y diga
si prestar sobre tal joya
á su interes perjudica.

Don Simeon.

No señor, nada se arriesga
con tamaña garantia.

Don Carlos.

Pues venga pronto el dinero.

Don Simeon.

Cabalmente lo traia
contado, y todito en oro. *Le da un bolsillo.*
¿Y el recibo?

Don Carlos. *Contando el dinero.*

¡Alma mezquína!
Lo enviaré á vmd. con Perico.

DON SIMEON.

Como vmd. guste ¡ Ay benditas
animas del purgatorio!
La mañana no es perdida:
voy á pagar por vosotras
de á columnaria dos misas.

ESCENA IV.

Don Carlos, Don Jacinto y Perico.

PERICO.

¿Y tiene vmd. corazon
para..... ?

DON CARLOS.

¡Calla! ¿Me predicas?
¿quieres apostar, Perico,
que te rompo una costilla?

PERICO.

De conversiones tan caras
no busco la nombradia.

DON JACINTO.

Con que ¿vamos?

DON CARLOS.

Vamos pues.

PERICO.

¿Y si nuestra señorita
preguntase por vmd.?

DON CARLOS.

Dila cualquier cosa.... dila
que he ido..... donde tu quieras.....
aunque sea á la vicaria,
vamos.

PERICO.

¡Ay Dios! Don Manuel.

DON CARLOS.

Cayose la casa encima.

ESCENA V.

DON MANUEL Y DICHOS.

DON MANUEL.

¿Dónde vas?

DON CARLOS.

Tengo un negocio
tan preciso, que me obliga
á salir sin detenerme.

DON MANUEL.

Pero, di, ¿cuál es?

DON CARLOS.

Permita
vmd., que guarde el sileucio
solo hasta mi vuelta.

DON JACINTO.

Mira
que son ya las doce y media.

DON CARLOS.

Con licencia de vmd.

DON MANUEL.

¿Cita
tenemos?

DON CARLOS.

No es cita..... pero,
como estoy algo de prisa,
Perico le dirá á vmd.
lo mismo que yo diria.

ESCENA VI.

DON MANUEL Y PERICO.

DON MANUEL.

¿Quiere vmd., señor Perico,
esplicarme tal enigma?

PERICO.

Yo no sé.....

DON MANUEL.

Pues, ¿no me acabas
de decir que lo sabias?

PERICO.

Ya, pero como es secreto
de importancia.....

DON MANUEL.

¡Que pamplina
de secreto ni de alforjas!
Vamos.

PERICO. *Aparte.*

Ninguna mentira
se me ocurre de provecho.

DON MANUEL.

¿Despachas?

PERICO. *Aparte.*

Dios me ilumina.
Pues señor..... pero, por Dios,
no lo sepa doña Luisa.

DON MANUEL.

No lo sabrá. Vaya, dilo.

PERICO.

No sea que luego me riñan.....

DON MANUEL.

No te reñirán. ¿Donde ha ido?

PERICO.

En casa de un retratista.

DON MANUEL.

¿Á qué?

PERICO.

¡Toma! á retratarse.
Es una galantería,
con que quiere sorprender
á su novia.

DON MANUEL.

No decia
que se hallaba sin dinero?

PERICO.

Cierto; mas yo lo tenia
y se lo presté.

DON MANUEL.

¿Eres hombre
de tanto caudal?

PERICO.

Se pinta
en el dia muy barato;
y asi no se necesita
gran desembolso: conozco
retrato que se vendia
al precio de una aleluya.

DON MANUEL.

Si el tuyo es, no lo valía.

PERICO.

Á proposito: aqui tengo
formada la consabida
cuenta, y si vmd. no tuviese

inconveniente, podia
satisfacerse, y.....

DON MANUEL.

Pagarla.
¿No es eso lo que querias
decir?

PERICO.

Sí señor, pagarla.

DON MANUEL.

Leela pues.

PERICO.

Asi principia.
Relacion en cargo y data,
de las deudas contraïdas
en pro y contra de don Carlos
Goyoneche, Rojo y Silva,
cuyo deficit (si hubiere)
por la presente se obliga
á satisfacer su tio
don Manuel.....

DON MANUEL.

¡Qué tonterías
estas leyendo! Si quieres
que te escuche, economiza
encabezamientos, que
no obligan, pero fastidian.

PERICO.

Como asi se encabezaba
toda cuenta en la oficina
en donde trabajé.....

DON MANUEL.

¿En cuál?

PERICO.

En la de un memorialista;
y por tanto, pensaba.....

DON MANUEL.

Al grano.

PERICO.

Dice en seguida.
Primeramente se debe
á don Pedro Angel Zorrilla
mil y cuatrocientos reales
por diez meses y tres dias
de servicio.....

DON MANUEL.

¿Quién es ese?

PERICO.

Soy yo.

DON MANUEL.

Te desconocia
por el don.

PERICO.

Nunca lo usaba,
mientras que no me valia.
Y temo se debe tambien
á don Jorge Zacarías,
natural de Gibraltar,
prendero en las Maravillas,
y sobre todo.....

DON MANUEL.

Oyes, oyes:
yo no paso esa partida.

PERICO.

¿Y por qué?

DON MANUEL.

Por que huele á usura.

PERICO.

Pues mire vmd., esa misma
se ha gastado en socorrer
á personas desvalidas.

DON MANUEL.

La caridad sin virtud
no socorre, sino envicia.
Adelante.

PERICO.

Item: á varios
vecinos, ó bien vecinas,
de Madrid catorce mil
y cien reales.....

DON MANUEL.

¡Tú deliras!
¡Catorce mil y cien reales!

PERICO.

¡Calle! ¿Con que vmd. se admira?
Y si vmd. mismo encontrase
quien le calce, quien le vista,
quien le cubra la cabeza,
quien le peine, afeite, ó sirva,
quien satisfaga su gula,
quien le mantenga berlina,
quien le refresque ó divierta,
quien le adule, quien le asista,
y todo aquesto durante
diez meses, ¿se admiraría,
digame vmd., de una cuenta
que contiene tantas tripas?

DON MANUEL.

No tal.

PERICO.

Pues eso sucede
á mi amo; mas no se aflija
vmd., que tambien tenemos,
de personas conocidas,
deudas á nuestro favor,
y equili equilibran
las otras.

DON MANUEL.

¿Y cuáles son?

PERICO.

¿Conoce vmd., por su vida,
á don Martin de la Plaza?

DON MANUEL.

¿Quien? el famoso cambista?

PERICO.

Ese mismo.

DON MANUEL.

Ya se ve
que lo conozco. Su hombría
de bien, su mucha riqueza
son de todos conocidas.

PERICO.

Pues ese tal don Martin,
á quien tanto vmd. estima,
cabalmente..... no nos debe
nada.

DON MANUEL.

¡Como!

PERICO.

Pero, su hija

tuvo un novio, que murió
de oficial de infantería
en la batalla de Ocaña,
y ese sí que nos debia
muy cerca de cien doblones.

DON MANUEL.

La diferencia no es chica.

PERICO.

Era dinero cobrado,
si viviera.

DON MANUEL.

¡Qué desdicha! *Con soflama.*

PERICO.

Tambien tenemos pendiente
una cierta cuentecilla
con un francés jugador
que se marchó á Normandía,
su patria, con el objeto
de presenciar la vendimia;
y debe volver muy pronto.

DON MANUEL.

¡Bribon!

PERICO.

¿Qué mosca le pica
á vmd?

DON MANUEL.

¡Tunante! ¿me juzgas
tan inepto, que podria
tragar tamaños embustes?
No sé como....

PERICO.

¡Virgen mia!
¿Y qué culpa tengo yo

que en Francia se labren viñas?

DON MANUEL.

Dame el papel.

PERICO. *Dándoselo.*

Tome vmd.

DON MANUEL. *Lo rompe.*

Asi se paga en Castilla
siempre que la mala fe
semejantes cuentas dicta.

ESCENA VII.

PERICO SOLO.

Quedamos frescos. ¡Ai cielos!
¡que desventura la mia!
Y si don Carlos no gana,
mi corazon pronostica
que mi salario se cobra
en uvas de Nombardía.

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

Don Manuel y Tomasa.

Don Manuel.

Sí, Tomasa, la alegria
de Luisita me acobarda,
y me gusta á un tiempo mismo.
En la primavera grata
de la vida; en la dichosa
juventud, cuanto nos pasa,
otro tanto nos complace,
y nos gusta, y nos encanta.
Entonces todos son goces;
y las acciones guiadas
por la amable inesperiencia,
respiran solo confianza.
Entonces no ven los ojos
si no al objeto que agrada,
y los colores mas negros
en suave rosa se cambian.
Entonces por fin se vive;
y el amor, y la esperanza,

y el satisfecho deseo
nos adulan y acompañan.
Pero ¿y luego? No hay remedio.
Luego la dicha se cambia,
y los años se suceden,
y los prestigios se apartan.
Ahora pues, Tomasa mia,
tu señora está entregada
á mil dulces ilusiones
sin temor, sin desconfianza;
temo en pero, que no tarde
el desengaño.

TOMASA.

Cachaza
igual no la ví jamas.
Vmd. se queja y malgasta
todo su tiempo en arengas
que no le sirven de nada,
y no se acuerda siquiera
que con solo dos palabras
puede remediar el mal.

DON MANUEL.

Ya es tarde.

TOMASA.

¿Y cuya es la falta?
?No es vmd. todo un tutor?
Pues, si conoce que el maula
de su sobrino no puede
hacer feliz la muchacha,
¿por qué protege su amor?
Casi, casi, me dan ganas
de creer, que nunca ha tenido
la pasion que demostraba.

en favor de mi señora,
porque sino.....

DON MANUEL.

Tú te engañas,
porque esa misma pasion
solo es quien mis manos ata.
Mi propia delicadeza
me impone tantas y tantas
trabas en este negocio,
que para desenlazarlas,
ni es suficiente el deseo;
ni alcanza prudencia humana.
Si me opusiera á la boda;
si de Luisita lograra
la mano, y luego la viese,
aunque tarde, disgustada,
¿cuál no fuera mi agonía?
Y ¿quién sabe si las faltas
de mi sobrino no son
tan graves? Puedo mirarlas
acaso con el anteojo
del interes, y.....Tomasa,
bien conoces que ninguno
es buen juez en propia causa.

TOMASA.

Todo eso será muy bueno;
pero lo fijo es, que mi ama
se casará con don Carlos,
y.....

DON MANUEL.

Lo aciertas. Hoy se trata
de firmar los esponsales,
y luego por la mañana

se casarán tempranito.

TOMASA.

¡Ai don Manuel! ¡Qué desgracia!
¡Quanto compadezco á vmd!

DON MANUEL.

No es mi suerte afortunada
cirtamente; pero al cabo
con el tiempo y la distancia
quizá.....

TOMASA.

¿Que? ¿Se nos va vmd.?

DON MANUEL.

Irme pienso á Salamanca
apenas se haga la boda,
y estarme una temporada;
á menos que tu señora
no me necesite.

TOMASA.

Vaya,
no hay remedio, suelto el trapo. *Hace que llora.*

DON MANUEL.

Pero, muger.....

TOMASA.

Tantas ansias,
tantos afanes, señor,
mire vmd. en lo que paran.

DON MANUEL.

Tu afecto, Tomasa mia,
me interesa mucho, y.....

TOMASA.

Pasman
las cosas que en favor de vmd.
hice yo siempre.....

DON MANUEL.

Mil gracias.

TOMASA.

Y semejantes servicios,
en verdad nunca se pagan
lo bastante.....

TOMASA.

Sí por cierto;
pero al menos, toma y calla,
Tomasita, que un dolor
tan sin interes traspasa. *Le da un bolsillo.*

TOMASA.

Por supuesto; mas..... al cabo
con llorar nada se alcanza:
será fuerza consolarse.

DON MANUEL.

Harás bien.

TOMASA.

Y pues me aguarda
sin duda la señorita,
me voy á ver si me manda
alguna cosa, y de paso
puede ser me atreva á darla
la enhorabuena, y pedirla
albricias, aunque con rabia.

ESCENA II.

DON MANUEL solo.

¡Lo que tarda este muchacho!
Bien sabe Dios que me escama
la bagatela menor

en aquestas circunstancias.
¡Ai Carlos! Yo te perdono
tus imprudencias pasadas,
y mi hacienda y mi cariño
te lo prueban á las claras;
pero si nuevas locuras
comprometen de mi amada
pupila el dulce sosiego,
prometo no perdonarlas,
y que mi cólera entonces
sobre tí sañuda caiga.
Mas aqui viene Perico.....

ESCENA III.

Perico y dicho.

Don Manuel.

¿Oyes, Perico?

Perico.

¿Quién llama?

Don Manuel.

¿Donde está tu amo?

Perico.

No ha vuelto
todavia.

Don Manuel.

Y dime, ¿la casa
no sabes del retratista?

Perico.

No señor.

Don Manuel.

Esta tardanza

no sé qué diablos indica.

PERICO.

No sabe usted que se tarda
doble tiempo en retratar
narices á la romana,
como son las de Don Carlos,
que si las tuviese chatas?

DON MANUEL.

Mira, Perico, te encargo
no te muevas de esta sala,
y le dirás cuando vuelva
que por la Vírgen no salga,
porque á las cuatro se firman
los esponsales.

PERICO.

Pues, ¡anda!
Ya dieron las tres y media.

DON MANUEL.

Que no se duerma en las pajas;
y advierta, que aunque su novia
está muy enamorada,
las mugeres son capaces
de todo, si las desairan.

ESCENA IV.

PERICO solo.

Tiene razon, y conozco
mas de tres que si se hallaran
en igual caso, le dieran
á su novio calabazas.
¡Bonitas son las mugeres!

el dia que me entrecogió
en el pasillo, y..... mas calla,
¿no es don Carlos el que sube
la escalera.....? ¡Cómo salta
de tres en tres escalones.... !
Las orejas apostara,
segun lo alegre que viene,
á que ganó cien medallas.

ESCENA V.

Don Carlos y dicho.

PERICO.

Gracias á Dios que volvemos
á ver á vmd. Yo pensaba,
segun lo tarde que viene,
qne por allá se quedaba.

DON CARLOS.

Y siete sesenta y tres
onzas: vamos, no fue mala
la corazonada; nó.

PERICO.

Su tio de vmd. acaba
de decirme, que cuidado
no se marche vmd. de casa,
porque tiene que firmar
los esponsales.

DON CARLOS.

¡Caramba!
Y si no tomo aquel as
por mayor..... sí que ganaba
otras veinte.

PERICO.

Tomasilla
me dijo que.....

DON CARLOS.

Me alegrara,
como soi, que los licurgos
de una vez nos declaráran
si el tal as era mayor
ó menor.

PERICO.

Su ama estrañaba
que vmd. no la hubiese vuelto
á ver desde esta mañana.

DON CARLOS.

Toma, toma, y las diez onzas
de Jacinto se olvidaban.
Ya son, pues, sesenta y tres.

PERICO.

No hai duda que la muchacha
está por vmd. perdida.

DON CARLOS.

Pero dí, ¿qué es lo que charlas?
¿qué estás hablando entre dientes?

PERICO.

Digo solo, que me pasma
el cariño que á vmd. tiene
la novia.

DON CARLOS. *con distraccion.*

Me alegro.

PERICO.

Vaya,
no es vmd. mui espresivo.

DON CARLOS. *con distraccion.*

En realidad, siempre agrada
verse querido.....

PERICO.

¡Jesus!
cualquiera que á vmd. escuchara
hablar con tanta frialdad,
creyera que ya casada
estaba doña Luisita.

DON CARLOS.

Siempre el pecho la idolatra;
pero con todo, Perico,
si quieres que te hable en plata,
hice algunas reflexiones,
cuyo resultado.....

PERICO.

¡Calla!
¿Y fué en la casa de juego?

DON CARLOS.

Conozco que por desgracia
no nací para casado;
muger, chiquillos, criadas,
arreglos, economías
son para mí unas palabras,
que si digo lo que siento,
me entristecen y me espantan.
Luego me gusta infinito
la libertad.

PERICO.

Y comparsa.

DON CARLOS.

Porque, en fin, no nos cansemos,
vida mas afortunada

que la de un jugador
no se encuentra.

PERICO.

Cuando gana.

DON CARLOS.

Entre doce y una se viste,
se compone, se acicala,
y va á la puerta del Sol
á manifestar sus gracias.

PERICO.

Pero antes.....

DON CARLOS.

Antes ya ha visto
en su escalera una escuadra
de sastres, de zapateros,
y gente de toda casta,
que con dos mil reverencias,
y palabras estudiadas,
le piden obra.

PERICO.

Y dinero.

DON CARLOS.

Despues á las dos se marcha,
juega un poco, gana, y come
en la fonda que es mas cara,
casi siempre acompañado
de unos cuantos camaradas.

PERICO.

¡Toma! de aquellos que fueron
á buscarle las barajas,
ó le trajeron dinero,
ó le avisaron la carta
que se daba, y que se dió.

DON CARLOS.

Á las cinco el prado aguarda,
y en él cinco mil bellezas
que le admiran y le inflaman:
una le mira al soslayo,
otra tose cuando pasa,
y la tercera le dice,
al descuido, dos palabras.

PERICO.

Siempre han sido las terceras
las primeras que nos hablan.

DON CARLOS.

El café, teatro y visitas
ocupan las horas largas
de la primer noche; y cuando
los mas se van á la cama,
él se va tranquilamente,
y en jugar la noche gasta.
Alli, sí, todo conspira
en su favor, todo cambia;
y en sus manos venturosas
el cobre se vuelve plata.

PERICO.

Y el oro, señor don Carlos,
se vuelve en sus manos..... nada.

DON CARLOS.

Luego te juro, Perico,
que yo ignoro por qué causa
al juego le llaman vicio;
ni sé por qué le señalan
tampoco, como el origen
de otros mil que le acompañan.
¿Puede haber nada que exija

mas filosofía? ¿mas calma?
¿mas desinteres? ¿mas fina
educacion, ni crianza?

PERICO.

Sobre todo en los mirones.

DON CARLOS.

El juego á todos iguala:
sexos, rangos, gerarquías,
opiniones, circunstancias
se ocultan y desvanecen
delante de cuatro cartas,
y el rufian como el señor
lo mismo puede ganarlas.

PERICO.

Sin embargo, pongo siempre
por el rufian.

DON CARLOS.

¡Ah! Bien haya,
bien haya el juego mil veces.

PERICO.

Pues, segun vmd. le aclama,
debió de favorecerle
en esta postrer campaña:
y asi fuera de opinion,
que luego se rescatára
el pobrecito retrato.

DON CARLOS.

Sí, sí: veremos.

PERICO.

¿No aparta
vmd., por si acaso, un poco
de la bendita ganancia?

DON CARLOS.

Hombre, me prueba tan mal
esto de apartar.....

PERICO.

Se salva
algo siempre.

DON CARLOS.

Vaya, toma,
y esas diez onzas separa.

PERICO.

Quiere vmd. que de ellas cobre
mis salarios?

DON CARLOS.

Noramala
para tí: pues ¿qué te debo?

PERICO.

¿Y qué me pagó vmd?

DON CARLOS.

Carga
esa deuda con las otras,
que todas debe pagarlas
don Manuel.

PERICO.

¡Si viera vmd.
en quá moneda las paga!
Pero ¡ay Dios! que vienen sastre
y zapatero!

DON CARLOS.

¡Mal hayan
entrambos impertinentes!
Haz, Perico, que se vayan
lo mas pronto que tú puedas,

PERICO.

¿Sin darles nada?

DON CARLOS.

Ni blanca.

Mas ofrezco, si esta noche
gano, pagarles sin falta.

ESCENA VI.

EL ZAPATERO, EL SASTRE Y DICHOS.

DON CARLOS.

¡Ola, señores, ¿qué es esto?
¡tanto bueno por mi casa!

ZAPATERO.

Pues sino dejamos la ida
por la venida.

DON CARLOS.

Mil gracias;
pero siento se incomoden
ustedes.

ZAPATERO.

Esta mañana
nos dijo el señor Perico.....

DON CARLOS.

¿Traen ustedes arregladas
las cuentas?

SASTRE.

Sí señor.

DON CARLOS.

Vengan.

¿Perico?

PERICO.

¿Señor?

DON CARLOS.

Me basta
que esta buena gente muestre
la prudencia y la cachaza
que muestra, para que yo
determine que pagadas
sus deudas al punto sean.
Por lo tanto, toma, y guarda
con cuidado esos papeles
para cuando dinero haya.

ZAPATERO.

Es el caso que yo tengo
mi parienta embarazada,
y en vísperas de parir.

DON CARLOS.

¡Pobrecita!

ZAPATERO.

Y si se hallara
vmd. en tal situacion,
sin envolturas ni fajas,
como yo me encueutro, sé
muy bien, que no se dejára
alucinar con promesas,
que no serán realizadas.

DON CARLOS

Maestro, no tengo un oehavo.....

PERICO.

Hace un siglo, camarada,
que no sabemos qué cosa
es moneda.

SASTRE.

Mi Colasa,
si el Señor no lo remedia,
se casa en esta semana,
y.....

DON CARLOS.

¡Oiga! ¿se casa la niña?

SASTRE.

¡Ya se vé! Y como se casa,
necesitamos dinero
para comprarle una saya,
y una peineta de cuerno,
y otras muchas zarandajas,
sin las cuales nunca hay boda
en mi barrio.

DON CARLOS.

Me alegrára
infinito que..... Perico, *Aparte.*
esta gente no se marcha.

ZAPATERO.

De todos modos, señor,
no me muevo de esta sala
sin dinero.

SASTRE.

Ni yo.

DON CARLOS.

¡Cómo
se entiende.....!

SASTRE.

Señor.....

DON CARLOS.

¡Canalla!
¡insolentes.....!

SASTRE.

¿Insolencia
á pedir lo nuestro llama?

DON CARLOS.

Idos pronto. ¡Qué! ¿No hay mas
que venir con amenazas?
Idos pronto.

ZAPATERO.

Ya lo dije:
sin dinero, ni á estocadas
salimos del aposento.

DON CARLOS.

Bribones.....

SASTRE.

Vmd. se cansa
en valde con sus dicterios;
porque.....

DON CARLOS.

Dame una espada,
Perico.

SASTRE.

¡Ay, cielos, que pide
una espada!

ZAPATERO.

¡Ay, que nos mata!

PERICO.

Callen ustedes, por Dios,
hasta que vaya á buscarla.

ESCENA VII.

Don Manuel y dichos.

Don Manuel.

¿Qué voces, qué ruido es este?
Carlos, y tú no reparas
que.....

Don Carlos.

No señor, no reparo
en nada cuando me faltan.....

Zapatero.

Nosotros solo pedimos
lo nuestro.

Don Carlos.

Pues eso basta,
y sobra, para irritarme.

Don Manuel.

Pero en fin, ¿cuál fue la causa
del disgusto?

Perico.

Una friolera:
ciertas cuentas atrasadas
que tienen estos señores
con mi amo, y que se empeñaban
en que se les pagase ahora.

Don Carlos.

Y como yo me encontraba
sin un real.

Don Manuel.

Ya estoy. Por eso
los insultas y maltratas,

despues que te sirven ellos:
la táctica es soberana;
no hay duda..... y luego, en un dia
como el de hoy, te desmandas,
y gritas, y representas
en tan rídicula farsa,
sin acordarte que pueden
la señora ó la criada
entrar por casualidad
en el cuarto, y presenciarla:
cierto, que tales principios
buena opinion te acarreáran;
y para lo sucesivo
dieran buenas esperanzas:
en fin, pongamos remedio:
vengan ustedes.

DON CARLOS.

¿Qué trata
vmd. de hacer?

DON MANUEL.

¿Qué? pagarles.

PERICO.

No hiciera mas Sancho Panza. *Aparte.*

DON MANUEL.

Mira que son ya muy cerca
de las cuatro, y que no salgas;
pues vuelvo cuando despache
esta buena gente.

ESCENA VIII.

DON CARLOS Y PERICO.

PERICO.

¡Vaya!
El sermoncito fué bueno.

DON CARLOS.

Anda con Dios; pues que paga,
no importa un pito predique
hasta pasado mañana.

PERICO.

Pero teniendo el bolsillo
atestado de oro y plata,
¿es posible, que tuviese
vmd. tan duras entrañas,
que diese lugar á tanto
alboroto, á tanta zambra,
pudiendo muy bien pagarles?

DON CARLOS.

Y, mentecato, ¿lo estrañas?
¿Nó sabes cuán facilmente
los jugadores se azaran?

PERICO.

¿En pagar?

DON CARLOS.

Mas que en deber.

PERICO.

Pues entonces no me espanta,
si tantos hombres de bien
en pagar sus deudas tardan.

DON CARLOS.

¡Valgate Dios por Jacinto!
¡Qué plomo es!

PERICO.

¡Santa Susana!
¿Ha de venir don Jacinto?

DON CARLOS.

Le espero con vivas ansias;
pues tengo hambre.

PERICO.

¡Qué? ¿está vmd.
sin comer?

DON CARLOS.

Una tostada
de manteca comí solo,
en pie, de prisa, y con gana.
Pero Jacinto habrá ya
avisado en la fontana,
y nos tendrán prevenida
una mesa delicada.

PERICO.

¿Y la firma?

DON CARLOS.

Firmaré
antes de irme.

PERICO.

¡Linda gracia!
Con que vmd. firma su boda
como quien píldoras traga,
esto es, á salir del paso.

DON CARLOS.

Ya está aqui Jacinto.

ESCENA IX.

Don Jacinto y dichos.

Don Carlos.

Gracias
por el planton.

Don Jacinto.

Ríñeme ahora:
otra cosa no faltaba,
despues que nunca en mi vida
merecí mas alabanzas.

Don Carlos.

¿Tú alabanzas?

Don Jacinto.

Si supieras
el festin que nos aguarda,
mejor lo confesarias.

Don Carlos.

Cuenta, cuenta.

Perico.

¡Gran hazaña! *Aparte.*
Para pedir de comer,
con ganas de comer basta.

Don Jacinto.

Ya lo verás. Y tenemos
convidado.

Don Carlos.

¿Quién? ¿La Juana?

Don Jacinto.

No por cierto; don Francisco
el cirujano atravesaba

la calle, y yo le llamé;
porque.... ya ves.... nunca daña,
y antes nos conviene mucho,
tenerle contento para
los lancecillos de honor.

DON CARLOS.

Dices bien.

DON JACINTO.

¡Ah! me olvidaba
decirte, que ví á don Pedro
en la fonda; está que salta,
y no puede digerir
aquel *ganarán* de marras....
el de los doses.

DON CARLOS.

Que tenga
paciencia: ¿no me acababa
de ganar albur y entres?

DON JACINTO.

Ahora mismo se marchaba,
con el bocado en la boca,
á tallar treinta medallas,
que le prestó no sé quién.

PERICO. *Aparte.*

¡Buen *plus café*!

DON CARLOS.

Me dan ganas
de que fuésemos allá,
y de pegarle otra entrada
antes de comer.

DON JACINTO

¡Qué idea
tan divina!

DON CARLOS.

Pero, en planta
no puede ponerse; nó.

DON JACINTO.

¿ Es pavura ?

DON CARLOS.

Nó; te engañas:
es que tengo que firmar
un papel.....

DON JACINTO.

¡ Qué patarata !
luego lo firmas.

DON CARLOS.

No puedo:
y aunque se empeñára el Papa,
á las cuatro he de firmarle.....

DON JACINTO.

Pero, Cárlos, si aun te faltan
doce minutos y medio....

DON CARLOS.

¿ Es de veras ?

DON JACINTO.

¡ Mi palabra
de honor ! Nos sobra asi tiempo
para ir en cuatro zancadas,
llegar, copar, y volvernos
antes de la hora indicada.

DON CARLOS.

Pues si ha de ser, luego sea.

PERICO.

Pero.... ¿ y si á usted le llaman ?

DON CARLOS.

Ya estaré entonces de vuelta.

PERICO.

¿ Y si el tio..... ?

DON CARLOS.

¡ Qué machaca !
dile, que me fui al correo
á recoger una carta.
¿ Vamos ?

DON JACINTO.

Vamos.

DON CARLOS.

¡ Ah fortuna !
te levantaré una estátua ;
sí se da contrajudia
en puerta á la primer talla.

ESCENA X.

PERICO SOLO.

¡ Jesus, Jesus, y qué locos !
cabezas destornilladas
he visto ; pero las suyas
las ganan con quince y falta.
¡ Qué dirá cuando lo sepa
don Manuel ! ¡ qué zalagarda
debe armarse ! Y tú, Perico,
en tan desecha borrasca,
¿ qué partido abrazarás ?
Toma, el de la gente sabia :
lavarte las manos, y
al son que te toquen, baila.

ESCENA XI.

Don Manuel y dicho.

Don Manuel.
¿ Qué ? ¿ se fue ya ?
Perico.
Le avisaron
que en la lista de atrasadas
para él cierta carta habia,
y en un brinco fue á sacarla.
Don Manuel.
¡ Qué carta, ni qué demonio !
Marcha pronto, y si le alcanzas,
prometo darte un doblon.
Perico.
¿ Calesero ?
Don Manuel.
¿ Qué, te paras ?
Mira que si no vuelve,
la burla le cuesta cara,

ESCENA XII.

Don Manuel y Tomasa.

Tomasa.
Señor, el escribano está....
Don Manuel.
¡ El escribano ! Ya escampa.
Anda, y dile que ya voy.....
Pero no. Mira, Tomasa,

que le saquen chocolate.
Con eso si el pobre aguarda,
que al menos bebido sea.

TOMASA.

Está muy bien.

ESCENA XIII.

DON MANUEL solo.

Vírgen santa,
si de esta escapo con juicio,
de cera ofrezco una jaula.

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

Doña Luisa, don Manuel, Tomasa y Perico.

DON MANUEL.

¡Ay, Perico! Es imposible
que le hayas buscado bien.

PERICO.

Lo que yo digo tambien,
es que parece increible
cómo diablos no he podido
encontrar con su guarida.

DON MANUEL.

¿Fuiste, Perico, en seguida
al correo?

PERICO.

He recorrido
en el tiempo que tardé,
desde casa hasta el correo,
desde el prado al coliseo,
sin dejar fonda, café,
bodegon, casa de trato,
y en fiu, aunque tú me riñas, *á Tomasa.*

escuelas, maestras de niñas,
y gente de garabato.

TOMASA.

Es inútil, lo repito,
en tales partes buscarle;
que aqnel que quiera encontrarle,
es fuerza vaya al garito.

DOÑA LUISA.

Aunque Perico lo niegue,
donde es el juego no ignora.

PERICO.

Yo le diré á usted, señora,
segun al juego que juegue.
Si es al monte, tiene un cuento
de escondites y encerronas,
donde casas y personas
cambian á cada momento;
y donde el dueño, ó la dueña,
á ninguno deja entrar
si no le rinde al llamar
santo, seña, y contraseña;
pero si fuera, por cierto,
al villar, ó al dominó,
muy pronto le hallara yo
en yendo al villar del tuerto.

TOMASA.

Segun eso ¡ pese á tal !
don Cárlos juega á mil cosas.

PERICO.

Si le llaman las hermosas
el Jugador general.
Pero, tate, ya está aqui
quien nos dirá la verdad.

DOÑA LUISA.

¿ Será por casualidad
su amigo don Jacinto ?

PERICO.

Sí :
y se puede asegurar,
que si el don Jacinto ignora
en dónde está, desde ahora
se le debe pregonar.

ESCENA II.

DON JACINTO Y DICHOS.

DOÑA LUISA.

Si por ser vos caballero,
y yo muger y afligida,
tiene mi ruego cabida,
que le concedais espero.

DON JACINTO.

Señora, en cuanto yo pueda.....

DOÑA LUISA.

Quisiera de una verdad
enterarme.

DON JACINTO.

Preguntad.

DOÑA LUISA.

¿ Dónde queda Cárlos ?

DON JACINTO.

Queda.....
¿ Qué la diré ? *Aparte.*

DOÑA LUISA.

¿ Titubeais ?

DON JACINTO.

En cualquier parte, señora,
en que se encuentre os adora.

TOMASA.

No sé por qué preguntais
lo que sabe esta muchacha.

DOÑA LUISA.

¿ Y qué sabes tú ?

TOMASA.

¿ A que juega
don Cárlos, y no lo niega
don Jacinto facha á facha ?

DON JACINTO.

Señores, estoy de prisa :
permitid......

DON MANUEL.

No puede ser:
es fuerza satisfacer
primero á doña Luisa.

DON JACINTO.

Tambien usted.....

DON MANUEL.

¿ Por qué nó ?

DON JACINTO. *A media voz.*

¿ Perico ?

TOMASA. *Agarra á Perico del brazo.*

¡ Calla ! ¡ secreto,
y con este buen sugeto !
No será viviendo yo.

PERICO.

Tomasilla, ¿ por qué asi
me sujetas prisionero ?

TOMASA.

Perico, porque ni quiero,
ni puedo confiar en tí.

DON MANUEL.

Vamos, don Jacinto, hablad.

DON JACINTO. *Aparte.*

¡Es terrible compromiso!

DOÑA LUISA.

¿Todavia estais remiso?

DON JACINTO.

¿Lo quereis? pues escuchad.
Don Cárlos está jugando...

TOMASA.

Lo dije.

DOÑA LUISA.

¡Nueva funesta!

DON JACINTO.

Pero en esto manifiesta
lo mucho que os está amando;
pues conociendo su ardor
por el juego, pierde adrede,
porque sin dinero puede
pensar mejor en su amor.

DOÑA LUISA.

Temiendo estaba esto mismo.
¡Qué loco, qué fiero esceso!

DON JACINTO.

Mas no negareis, que en eso
hay su poco de heroismo.

DOÑA LUISA.

¡Asi burla el imprudente
sus promesas y mi ruego!

DON JACINTO.

No os quejeis mas, porque el juego
os venga perfectamente.
Si le viereis en la lid
con los bolsillos de fuera,
atacar como una fiera,
defenderse como un Cid;
no negarais á fe mia
con vuestro aprecio su gloria,
que quien vende la victoria
tan cara, la merecia.
Alli con ojos insanos,
y semblante macilento,
ora observa el movimiento
de las enemigas manos,
ora con tajos y reveses
tira mil, ora estocadas,
á veces afortunadas,
y sin fruto las mas veces.
Mas si en parciales acciones
alguna ventaja alcanza,
pronto pierde la esperanza,
al mirar sus escuadrones
rotos, desechos, vencidos
abandonar los aceros,
y rendirse prisioneros
á gefes mas aguerridos.
Entonces el general
llama á tropas auxiliares,
se espone á nuevos azares,
y precipita su mal.
En vano la línea muda,
tiene escuchas, busca espías,

ó con nuevas baterías
su debilidad escuda.
Todo en vano. La derrota
se completa prontamente,
y quedándose sin gente,
y sudando gota á gota,
y ya rojo, ya amarillo,
termómetro es su color,
que manifiesta el calor
ó el yelo de su bolsillo:
cede en fin, huye el cuitado,
y con vergüenza se esconde
en un rincon, desde donde
ve su campo destrozado;
mas con todo, en tal afan
aun no pierde la cabeza,
y lo prueba con destreza,
nombrándome su edecan.

TOMASA.

¿Y le dejais, caballero,
en situacion tan acerba?

DON JACINTO.

Vengo á buscar la reserva:
Perico, dame dinero.

PERICO.

Señor don Manuel, ¿le doy
diez onzas que tengo aqui?

DON MANUEL.

Si son de don Cárlos, sí.

PERICO.

Tómelas usted.

DON JACINTO.

Pues voy

sus órdenes á cumplir,
porque en lances tan fatales,
los célebres generales
deben vencer ó morir.

ESCENA III.

DOÑA LUISA, TOMASA, DON MANUEL Y PERICO.

DON MANUEL.

Síguele, Perico, y dí
de mi parte á Cárlos.....

DOÑA LUISA.

¿Qué
quereis decirle?

DON MANUEL.

No sé. *A doña Luisa.*
Pero, que te siga á tí, *A Perico.*
que deje el juego al instante,
y obedezca mi mandato;
no siendo sobrino ingrato,
quien fue ya tan mal amante.

ESCENA IV.

DON MANUEL, DOÑA LUISA Y TOMASA.

DOÑA LUISA.

¿Y qué, señor, conservais
en su favor esperanza?

DON MANUEL.

Yo no tengo otra confianza

sino saber que le amais.

DOÑA LUISA.

Amarle ya fuera error.

DON MANUEL.

¿ Y si al fin amor le cura
de su presente locura ?

DOÑA LUISA.

Es imposible, señor:
amante tan singular,
que asi sus afectos mide,
y su corazon divide
entre querer y jugar,
no conviene desde luego;
pues si llega á ser marido,
el cariño que ha tenido,
lo mirará como un juego;
y pudiera suceder,
si jugara, y si perdiera,
que él al cabo aborreciera
con tal juego á su muger.

TOMASA.

¿ Entonces al escribano
le diré vuelva á su casa ?

DOÑA LUISA.

Díselo.

DON MANUEL.

No tal, Tomasa;
siempre es bueno que esté á mano.

ESCENA V.

Don Simeon y dichos.

Don Simeon.

¿Puedo yo, sin ser molesto,
preguntaros, caballero,
si está don Cárlos?

Don Manuel.

Infiero,
que no tarde.

Don Simeon.

¡Malo es esto!
Señal fija que ha salido.

Don Manuel.

No hay duda que fuera está.

Don Simeon.

Entonces no volverá,
hasta que haya amanecido.

Don Manuel.

Pues qué, acaso tiene usted
tanta prisa de encontrarle?

Don Simeon.

Sí señor: quisiera hablarle
de un asuntito.

Don Manuel.

Creed,
que en muy mal tiempo venis,
y os verá de mala gana.

Don Simeon.

Sin embargo, esta mañana
fue de buena.

DON MANUEL.

¿Qué decis?
¿esta mañana?

DON SIMEON.

Sí tal.

DON MANUEL.

¿Y le hablasteis?

DON SIMEON.

¿Por qué no?
Pues ¿qué? ¿no puedo hablar yo
con tamaño original?

DON MANUEL.

Chito pues.

DON SIMEON.

¿Y por qué chito?

DON MANUEL. *Bajo.*

¿Fue acaso por un retrato?

DON SIMEON. *Id.*

Sí señor, no lo recato.

DON MANUEL. *Id.*

Pues que calleis os repito,
y dejadme obrar á mí.

DOÑA LUISA. *Aparte.*

¿Qué novedad ha ocurrido?

DON MANUEL. *Bajo.*

Decidme, ¿está parecido?

DON SIMEON. *Id.*

Ahora os afirmo que sí.

DON MANUEL. *Id.*

Mucho contento recibo.

DON SIMEON. *Id.*

Por el recibo venia.

DON MANUEL. *bajo.*

¡ Jesus, hombre, y qué manía !
¿ con que pintas por recibo ?

DON SIMEON. *id.*

No sé què quereis decir.

DOÑA LUISA.

¿ Puede saberse el objeto
de tan estraño secreto ?

DON MANUEL.

Ya no es tiempo de fingir.
Sí señora, lo sabreis;
y quizá al ver tal fineza,
su ya pasada flaqueza
al punto perdonareis.

DOÑA LUISA.

¿ De qué fineza me hablais ?

DON MANUEL.

¿ Conoce usted al señor ?

DOÑA LUISA.

No por cierto.

DON MANUEL.

Es un pintor.

DOÑA LUISA.

¿ Y qué me importa ?

DON SIMEON.

¿ Os burlais ?

DON MANUEL.

Tiene pincel tan divino,
que al verle es justo asombre.

DON SIMEON. *aparte.*

¡ Ay señores ! Lo que este hombre.
tiene, es un poco de vino !

DOÑA LUISA.

No os entiendo, don Manuel.

DON MANUEL.

Vaya, pues, fuera recato:
dadme pronto ese retrato.

DON SIMEON.

¿Qué quereis hacer con él?

DON MANUEL.

Regalarlo á esta señora.

DON SIMEON.

¡Oiga! me alegro infinito.

DON MANUEL.

Que me lo deis os repito.

DON SIMEON.

Pues no puede ser ahora.

DON MANUEL.

Decid por qué.

DON SIMEON.

Porque es mio.

DON MANUEL.

¿No es de Carlos?

DON SIMEON.

Si me paga.

DON MANUEL.

No es igual que os satisfaga
por el don Cárlos, su tio?

DON SIMEON.

Sí señor, lo mismo da.

DON MANUEL.

Pues él pagaros ofrece
si el retrato se parece.

DON SIMEON.

¿Y si no?

Don Manuel.

Os lo volverá.

Don Simeon.

¡ Graciosa está la disculpa !
¿ Y qué culpa tengo yo
de que se parezca ó no ?

Don Manuel.

¿ Con que no teneis la culpa ?
vuestra desvergüenza alabo.

Don Simeon.

¿ Pinto acaso las personas ?

Don Manuel.

Sereis algun pintamonas.

Doña Luisa.

De entenderos nunca acabo.

Don Manuel.

Pues ahora será. Esa copia
venga al instante, pintor,
que yo la pago.

Don Simeon.

Señor,
aqui está en su caja propia.

Don Manuel. *á doña Luisa.*

Tomadla, y tened en cuenta
la conducta de un tutor,
que en perjuicio de su amor,
á su rival os presenta.
Esta imágen silenciosa
os probará por lo menos,
que en instantes mas serenos
pensaba en su amante hermosa;
y asi, aunque el hado fatal
de vida y ser le privó,

obtenga ella lo que no
merece el original.

DOÑA LUISA.

Permitid no la reciba.

DON MANUEL.

¿Y por qué tanto rigor?

DOÑA LUISA.

Porque su vista, señor,
hará la culpa mas viva.

DON MANUEL.

Yo os lo pido.

DOÑA LUISA.

Don Manuel,
¿me lo pedis?

DON MANUEL.

Sí, por Dios.

DOÑA LUISA.

Lo haré por pedirlo vos:
de ningun modo por él.

TOMASA.

Veamos, pues, señora mia.

DOÑA LUISA.

¡Mi retrato!

DON MANUEL.

¡Su retrato!

DOÑA LUISA.

¡Ah pérfido!

TOMASA.

¡Ah infiel!

DON MANUEL.

¡Ah ingrato!

DON SIMEON.

¡Qué diablos de algaravía?

esta gente perdió el juicio.

DON MANUEL. *á don Simeon.*

¡ Qué quiere decir aquesto ?

DON SIMEON.

Yo no sé, sino que presto
cuando encuentro beneficio :
que esta mañana presté
cien doblones á don Cárlos,
y que quiero recobrarlos.
De lo demas nada sé.

DON MANUEL.

Asi vos, ¿ no sois pintor ?

DON SIMEON.

Ni lo soy, ni serlo quiero.

DON MANUEL.

Luego ¿ qué sois ?

DON SIMEON.

Usurero.

DON MANUEL.

Bribonazo. . . . .

DON SIMEON.

Sí señor,
seré aquello que usted quiera,
pero venga mi retrato.

DON MANUEL.

No sé como no le mato. . . .

DON SIMEON. *aparte.*

¡ Quién se viera en la escalera !

DOÑA LUISA.

Tomadlo.

DON MANUEL.

¿ Qué haceis ?

DOÑA LUISA.

Volver
este retrato á su dueño.

DON MANUEL.

¿ Y quereis en tal empeño
que yo mire con placer
en sus manos semejante
tesoro ?

DOÑA LUISA.

¿ Pues qué remedio ?

DON SIMEON.

Yo no encuentro mejor medio,
que pagarme en el instante.

DON MANUEL.

Bien está, don Simeon,
tendreis hoy mismo el dinero,
y de vos, Luisita, espero,
que admitireis este don
de mis manos.

DOÑA LUISA.

Disparate :
no señor, guardadlo vos.

DON MANUEL.

¿ Yo ?

DOÑA LUISA.

Sí, que despues de Dios,
á vos debe su rescate.

TOMASA.

¡ Ay, que Perico entra en casa !

DON MANUEL. *á don Simeon.*

Idos pronto al gabinete.

DON SIMEON.

Pero. . . . .

TOMASA.

Anda, diablo, ó vejete,
que nos pillan con la masa.

ESCENA VI.

PERICO Y LOS DICHOS.

PERICO.

Señores, disimulad:
mi amo llega.

TOMASA.

¿Desplumado?

PERICO.

Como un capon regalado
por pascua de Navidad.

ESCENA VII.

DON CARLOS Y DICHOS.

DOÑA LUISA. *aparte.*

Su rabia, su confusion
en vano quiere esconder.

DON CARLOS. *aparte.*

Pues, señor, es fuerza hacer
de las tripas corazon:
no hay remedio.

DOÑA LUISA.

¿No llegais?
¿qué os detiene?

DON MANUEL.

Vamos, hombre,

nuestra vista no te asombre:
llega pues.

DOÑA LUISA.

¿No nos hablais?

DON CARLOS.

Mi propia dicha, señora, *á doña Luisa.*
escusa el aturdimiento.
Llega el mísero sediento
á la fuente bienhechora,
y en vez de satisfacer
en el cristal su cuidado,
se detiene, y desconfiado
teme engañarse y beber.
Asi al felice mortal,
que halla amor y no desden,
le sorprende mas su bien,
que le asustára su mal;
y.... (*ap.*) no sé lo que me digo,
bien sabe Dios.

DOÑA LUISA.

Seguid pues.

DON CARLOS. *aparte.*

Aquel condenado entres
ha de acabar hoy conmigo.

DON MANUEL.

Y al cabo, ¿qué hizo el sediento?

PERICO. *aparte.*

Beber agua.

DON CARLOS.

Enmudecer,
que sobrecoge el placer,
lo mismo que el sentimiento.

DOÑA LUISA.

La disculpa es muy discreta;
mas, don Carlos, confesad,
que en vos, la seguridad
destierra la duda inquieta;
porque, ó mucho me engañara,
ó nada temeis de mí.

DON CARLOS.

Y si acaso fuera asi,
decidme: ¿ me equivocára?

DOÑA LUISA.

No por cierto: mi retrato
de mi afecto es buen garante.

DON CARLOS.

¡ Oh que venturoso instante!

TOMASA. *aparte.*

Que te clavas, mentecato.

DON CARLOS.

Tanta bondad me asegura,
que seré feliz muy pronto.

TOMASA. *aparte.*

Sí, lo serás; pero, tonto,
únicamente en pintura.

DOÑA LUISA.

Si lo sereis, pues formal
á don Manuel he jurado,
que aquel que tenga el traslado
obtendrá el original.

DON CARLOS.

Mi eterno agradecimiento.....

DOÑA LUISA.

No mas, don Carlos; y asi
pues que mi retrato os dí,

llegó por fin el momento
de enseñarlo. . . .

DON CARLOS.

Reparad,
que está mi tio delante,
y al cabo fue vuestro amante,
y puede. . . .

DON MANUEL.

La voluntad
de Luisita nos obliga
mas que nada.

DON CARLOS.

No resisto.

PERICO.

Y á quien se la diere Cristo,
san Pedro se la bendiga.

DON CARLOS.

Aqui lo traigo en el pecho. . . .

PERICO. *ap. á don Carlos.*

¡ Ay Dios ! que á don Simeon
he visto en aquel rincon.

DON CARLOS.

Pícaro, bribon, ¿ qué has hecho
del retrato ?

PERICO.

¿ Del retrato ?

DON CARLOS.

Sí, ¿ qué has hecho ? dí.

PERICO. *ap. á don Simeon.*

¡ Ah señor !
hágame usted el favor
de prestarlo por un rato.

DON CARLOS.

¿Lo has perdido?

PERICO.

Lo perdí.

DON CARLOS.

¡Ah infame! quiero matarle...

DON MANUEL.

Déjate de maltratarle,
porque el retrato está aqui.

DON CARLOS.

Os juro, Luisa querida....

DOÑA LUISA.

Carlos, mi mano está dada
á don Manuel.

DON MANUEL.

Y aceptada
con el alma y con la vida.

DON CARLOS.

¿Asi burlais mi tormento?

DOÑA LUISA.

¿Por qué burlasteis mi fe?

DON CARLOS.

No hay duda que al fin quedé
con un grande lucimiento.

ESCENA VIII Y ÚLTIMA

DON JACINTO Y DICHOS.

DON JACINTO.

¡Ola! ¿qué es esto, señores?
¡qué caras! ¡qué gravedad!
¡me direis en realidad

si es hoy viernes de dolores?

DON CARLOS.

Ven, consejero maldito,
ven á contemplar el fruto
de un consejo disoluto,
y de mi vuelta al garito.
Por tí, perdí en este dia,
novia, hacienda, honor, sosiego.....

DON JACINTO.

Pero si te queda el juego,
lo demas es bobería.

DON CARLOS.

Por tí, en fin, quedo arruinado.

DON JACINTO.

Pero, señor don Manuel,
para conducta tan cruel,
Carlos, ¿qué causa os ha dado?
direis que jugó; es verdad
que jugó, nadie lo niega:
mas ¿quién es el que no juega
en nuestra actual sociedad?

DON MANUEL.

Si juega por recreacion,
como noble y caballero,
puede á costa del dinero
encontrar la diversion.
Quizá muy facil le fuera,
y mucho mas conveniente
otra hallar mas inocente,
y que menos le espusiera.
Sin embargo siempre tiene
en el uso la disculpa,
porque ¡bien haya la culpa

que en sí el castigo contiene!
Pero aquel necio que hollando
los mas sagrados deberes,
en pos de infames placeres
pasa su vida jugando:
El que vive de engañar,
el que su familia olvida,
el que no piensa ni cuida
sino en deber y trampear;
en fin, el que á todo precio
juega, pierde y se envilece,
don Jacinto, no merece
compasion, sino desprecio.

DON JACINTO.

Con que ¿no hay medio?

DON MANUEL.

Por mi
no lo encuentro.

DOÑA LUISA.

Yo tampoco.

DON JACINTO.

Pues aunque me llamen loco
os aseguro que sí.

DON MANUEL.

¿Cuál es, pues?

DON JACINTO.

¡Toma! jugar.

DON MANUEL.

Y asi ¿qué puede obtener?

DON JACINTO.

Algunas veces perder,
pero otras veces ganar.
Vaya, Cárlos, no te apures,

ten un poco de cordura;
pues se cifra tu ventura
en unos cuantos albures.
Si los ganas, mil contentos
obtendrás.......

DON MANUEL.

Sí; pero injustos.

DON JACINTO.

Y placeres.....

DON MANUEL.

Y disgustos.

DON JACINTO.

Goces......

DON MANUEL.

Y remordimientos.

DON JACINTO.

Riquezas.....

DON MANUEL.

Tambien cuidados.

DON JACINTO.

Y envidiosos......

DON MANUEL.

Y enemigos.

DON JACINTO.

Y amigos.....,

DON MANUEL.

Pero ¡qué amigos
tan viles y desalmados!

DON JACINTO.

Nada, en fin, te faltará:
sigue tan dulce carrera,
y la recompensa espera.

DON CARLOS.

Todo eso muy bueno está:
pero ¿y si pierdo?

DON JACINTO.

¡Demencia!
¡ignorantísimo acuerdo!

DON CARLOS.

Pero responde: ¿y si pierdo?

DON JACINTO.

Si pierdes tendrás paciencia.

DON CARLOS.

Pero al cabo, ¿sin dinero
quién vive?

DON JACINTO.

Viven cien mil.

DON CARLOS.

Pero.....

DON JACINTO.

Calla por san Gil,
que me seca tanto pero:
y en fin, por punto final,
á nadie le falta, hermano,
un hospicio si está sano,
y si enfermo un hospital.

DON CARLOS.

¡Ay Jacinto! con dolor
ahora llego á conocer,
que has pintado, sin querer,
el final de un Jugador.

FIN.